

No 217 *Los Perros del Monte y Beruano*

8559

GALERIA DRAMATICA

DE

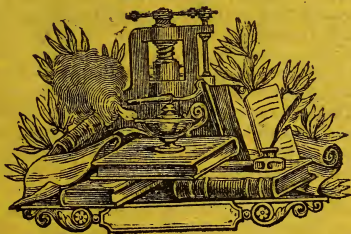
DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y Maria, n.º 4.

— o o o o o —
COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID

librerías de Cuesta y Ríos.

Y en las provincias, á la vuelta se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.º de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar en Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra can Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pec fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.— de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amo sus agravios.—Amorios de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apotheosi deron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A río revuelto.—Arte de conspira de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobar mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el ei Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárba berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre. cas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas d zon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual co zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidad talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucio Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colon y el judío er Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Juliar juracion de Piesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y ce Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corté del Buen Retiro, 1.ª parte. del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la le Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cu acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las ar Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—De do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.— Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios lo ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.— varo de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de A ra.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por ro.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doñ de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casac Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padr una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—l y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dio ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El casa por todo pasa.—Elvira de Albornoza.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Er Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—E de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodista euela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Es y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.—l del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion de ur

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.— tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—F Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra des Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fr de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.— peranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.— laso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva. dolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelr man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zarz*

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.— ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija d ro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda

LOS PERROS
DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia , n. 6.

—
1841.

PERSONAS.

ACTORES.

DARLEMONT.	<i>D. Julian Romea.</i>
PALMERIN.	<i>D. Florencio Romea.</i>
RENATO.	<i>D. Pedro Sobrado.</i>
BARDELIER.	<i>D. Lázaro Perez.</i>
CLAUDIO.	<i>D. José Castañon.</i>
JUAN.	<i>D. Juan Fernandez.</i>
BONARD.	<i>D. Francisco Montero.</i>
TURGOT.	<i>D. Lorenzo Uzelay.</i>
GILBERTO.	<i>D. Lorenzo Paris.</i>
BARVILLE.	<i>D. Manuel Garcia.</i>
EL PADRE ANSELMO. . .	<i>D. José Perez Pló.</i>
GENARO.	<i>D. Ignacio Silvostrí.</i>
PABLO.	<i>D. Ignacio Hernandez.</i>
ENRIQUE, niño de cinco años.	
LUISA.	<i>Doña Matilde Diez.</i>
SUSANA.	<i>Doña Maria Córdoba.</i>
GERTRUDIS.	<i>Doña Trinidad Parra.</i>
ACOMPAÑAMIENTO.	

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.



Una calle.—A un lado la casa de Bardelier, de bulto; se ve la escalera y la sala del piso principal, todo practicable.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, *saliendo de la casa con un baul*, seguido de BARDE-
LIER.—*Detras de este* BONARD.

Bardelier. Y cuidado con entretenerte: queda mucho que hacer.

Juan. Pues qué! tengo que volver?

Bardelier. Hasta que lo hayas llevado todo.

Juan. Entonces no acabo de aqui á la noche... y hoy es domingo.

Bardelier. No importa: yo lo cargo sobre mi conciencia: tendrás buena propina.

Juan. Vamos andando. (*Vase.*)

Bardelier. Disimulad, señor Bonard; con que eso es ya cosa corriente! queda hecho el traspaso de mi tienda á favor del señor Monnet, segun consta de esa escritura que acabo de firmar: mañana podreis ponerle en posesion del cuarto.

Bonard. Es corriente. Pero segun esto, aquel viaje de que me hablásteis es cosa que está muy próxima?

Bardelier. Tan próxima que mas no puede ser.—He salido con vos aqui fuera para hablaros de eso.

Bonard. Fuera?

Bardelier. Sí señor: porque asi en vuestra escribanía como

:

en mi casa hay muchos oídos listos y... En fin, Susana, mi amada esposa, es la mejor mujer del mundo; pero, á escepcion de mi criada Gertrudis, no conozco otra mas curiosa ni parlanchina.

Bonard. Y cuándo es el viaje?

Bardelier. (Después de mirar á uno y otro lado.) ¡Esta noche al toque de ánimas.

Bonard. Jesús! os estais chanceando, amigo Bardelier?

Bardelier. No, no, no, amigo Bonard.—Y ya estoy deseando saltar de aquí!

Bonard. Y son los amores de ese Palmerin el pintor con vuestra sobrina Luisa los que os asustan á punto de daros esa prisa?

Bardelier. Eh! no deja eso de tenerme en ascuas, por mas que él haya cumplido exactamente la insinuacion que le hice de que no volviera á poner los pies en mi tienda.

Bonard. Yo creo que en eso anduvisteis algo severo. Palmerin es un mozo honrado, comedido y de mucha habilidad. Su profesion de pintor le pone en contacto con lo principal de la nobleza, y con el clero, que continuamente le encarga cuadros para la iglesia. Aun no hace muchos dias que envió á Versalles una coleccion de cuadros del apostolado, que le ha dado mucha fama en la corte, y le ha valido muy buenos luises de oro.

Bardelier. Todo eso lo sé.—Y veo que me vais á decir: «por qué no lo casais con vuestra sobrina?»

Bonard. Eso es justamente lo que iba á proponeros.

Bardelier. Pues bien, no puedo casarlos, porque habeis de saber que esa hermosa jóven, esa Luisa que vive en casa desde que tenia año y medio, y pasa por hija de mi difunto hermano... (Con misterio.) no es tal sobrina mia!

Bonard. Cómo!

Bardelier. Luisa es hija del duque de Cressac, perseguido por protestante cuando la revocacion del edicto de Nantes, y forzado á huir y refugiarse en Bohemia.

Bonard. Y qué relaciones existian entre vos y el duque para que arrostreis las tristes consecuencias de semejante servicio?

Bardelier. Mi padre era mayordomo del castillo, y yo nací allí el mismo dia que el duque: con él me crié... juntos pasamos la niñez... él nunca lo ha olvidado; y en el dia del infortunio, vino disfrazado á llamar á mi puerta

en una noche fria y lluviosa, y mostrándome una niña que traia oculta bajo la capa... «Bardelier, hermano mio!, me dijo, los fanáticos estan pegando fuego al castillo... se ha puesto á precio mi cabeza... pero yo no quiero pensar en salvarla mientras no asegure la vida de Luisa: quieres guardarme mi hija?»—«Cómo si quiero!, exclamé tomándola en mis brazos, y me honro con esta prueba de confianza!»—El pobre me besó las manos llorando á lágrima viva, y se separó de mí diciéndome: «Amigo mio, pidamos á Dios que ilumine al rey, porque le aconsejan mal!»

Bonard. Bien os portásteis, amigo Bardelier! No lo hubieran hecho muchos que pasan por honrados!

Bardelier. Diez y siete años han pasado sin que haya recibido noticias suyas: y hace cinco meses que un bohemio llamado Claudio me trajo un cofrecillo que contenia las joyas de la familia y los títulos y pergaminos, con una carta dirigida á mí por el duque pocas horas antes de morir. Ahora bien, los documentos prueban que Eleonor-Francisca-Luisa, único vástago directo, tiene derecho, por haber permanecido en Francia, segun los últimos decretos, á la herencia de su padre.

Bonar. Muy feliz va á ser esa niña!... y lo merece en verdad!

Bardelier. Ahora bien, con la proteccion del señor Fléchier, obispo de Nimes y pariente mio, pensaba yo vender mi tienda en estos tres meses, y marchar para el otoño á Paris con toda la familia, á fin de solicitar de nuestro gran rey Luis XIV la rehabilitacion de Luisa en la herencia de su padre.

Bonard. Y qué os obliga á precipitar vuestro viaje?

Bardelier. Un incidente imprevisto.—El domingo pasado se me presentó en casa de buenas á primeras, y sin el menor antecedente, el caballero Darlemont, pariente lejano... pero tan lejano, que no lo alcanza un galgo, de los duques de Cressac, y gobernador del Delfinado, fanático, feroz y perseguidor implacable... y á qué direis que venia? A pedirme la mano de mi sobrina.

Bonard. Calla!... pues es casualidad! venir á pedir la mano de una parienta, sin saberlo!

Bardelier. Qué sin saberlo!... Lo sabe todo.—Ha tomado á su servicio al bohemio Claudio, y por este ha sabido lo

del cofrecito, las joyas y los papeles. Con estas noticias, se ha presentado echándola en mis barbas de desinteresado.—Sin embargo, yo creí que debía hablar de ello á Luisa, y así lo hice.

Bonard. Y qué?

Bardelier. Me respondió con mucha resolución que la disgustaba sobremana el aire de suficiencia y vanidad insultante del caballero Darlemont, que no podía sufrirlo; y que además nunca sería esposa de un fanático, conocido por el más cruel y sangriento perseguidor.

Bonard. Miren si tiene carácter!

Bardelier. Me fue preciso darle parte de esta negativa... endulzándosela como mejor pude, y yo temía de sus resultas algún varapalo... pero nada: gracias á Dios, el gobernador se contuvo, se retiró con mucha moderación de casa, y no volvió más. Pero en estos ocho días he notado, que unas veces él, otras Claudio el bohemio, y algunas los dos, me andan rondando la casa al anochecer, y hablándose con misterio; y como ya conozco la moralidad del tal bohemio, me temo alguna tramoya... qué sé yo!... algún rapto...

Bonard. Capaces serán de todo!

Bardelier. (*Tomándole del brazo, y en voz baja.*) Decía yo bien!... miradlos allá en mitad de la calle espiándome la casa... Sí, sí!... dad vueltas á la jaula... que el pájaro va á volar.—Quiero aparentar que no hago alto en ellos: aquí viene el mozo, voy á entrar con él.

Bonard. Pues adios!... buen viaje!—Me escribireis?

Bardelier. En cuanto llegue.—Adios! (*Danse la mano.—Juan pasa saludándolos, y se entra en la casa: Bardelier le sigue.—Bonard se va por el lado opuesto.—Darlemont y Claudio aparecen como paseándose.*)

ESCENA II.

DARLEMONT. CLAUDIO; luego GERTRUDIS; despues RENATO.

Darlemont. Lo dicho: reconozco en tí, Claudio, el mayor pillo que ha criado la Bohemia, y te ofrezco hacerte mi escudero tan luego como me vea duque de Cressac.

Gertrudis. (*Al balcon del primer piso.*) A ver si viene el pícaro de Renato! (*Mirando hácia la calle.*)

Claudio. Pues ya puedo hacerme el equipage, mi querido amo y señor, porque esta misma noche lograreis vuestro deseo: esa llave que he mandado hacer os dará entrada en la casa, y podreis apoderaros del cofrecillo que traje yo de Bohemia.

Darlemont. Ah! señorita caprichosa!... no quereis partir conmigo, con un pariente, el ducado y los bienes de vuestro padre!... Pues bien, hermosa mia, me quedaré yo con todo ello, y vos seguireis vejetando en la oscura clase de sobrina del platero Bardelier! Y lo siento, á decir verdad!... porque... desde que la ví la iba queriendo un poco... tiene un atractivo... y aun se me figuraba que desde que concebí esperanzas de que fuera mi esposa, me iba yo haciendo mas humano...

Gertrudis. Por mas que me deshojo... nada! no tiene prisa de verme el señor mio!... Y el amo me ha prohibido asomarme hoy al portal... vaya! que le dan unos caprichos!...

Darlemont. Si fuese verdad, como por ahí se susurra, que ese villanuelo embadurnador de lienzos...

Claudio. Ah!... ese tunante de Palmerin?

Darlemont. Pues! es el que tiene levantada de cascos á Luisa... Le habia de hacer dar unas baquetas por mis dragones, debajo de las ventanas de su amada, despues de arrancarle uno por uno los pelos rubios del bigote!

Claudio. Mejor será que penseis en arrancarle la novia que no los bigotes.

Darlemont. Lo uno no quita lo otro.—Pero no es mala idea!... tomar por fuerza lo que no se consigue por voluntad.

Claudio. Eso es! el ducado y la muchacha.—Empecemos por lo primero, puesto que ya teneis la llave falsa.

Darlemont. Estás seguro de que abriré con ella la puerta?

Claudio. Y tanto! Es enteramente igual á la del señor Bardelier... como que saqué el molde en cera.

Darlemont. No hay mas de malo que el ruido que haré al entrar.

Claudio. Eso seria peligroso si el platero durmiera en casa; pero ya os he dicho que esta noche se pone en camino: no quedan en la casa mas que las tres mugeres... y aunque oigan algun ruido, no harán mas que acurrucarse en la cama, y rezar á todos los santos del almana-

que... que no vendrán á ayudarlas. (*Aparece en el fondo Renato embozado en una larga capa, y cubierto con un sombrero de ala ancha.*)

Gertrudis. Ah! allí viene mi Renato... es preciso hacer que me vea.

Darlemont. Pues el viejo platero no deja de tener buen olfato!

Renato. (*Viendo á los dos.*) Malditos charlatanes, que han ido á pararse donde justamente me estorban! (*Atraviesa el fondo, y se oculta.*)

Darlemont. Encargar que no digan nada de su viage, marcharse de noche... Apostaría á que lo hace por miedo de alguna tentativa de mi parte.

Renato. (*Volviendo á aparecer.*) Si acabarán de irse! (*Se pasea por el fondo.*)

Claudio. Por fortuna hay vino en el mundo que sabe descubrir secretos... y con unos cuantos tragos le he hecho vomitar al carretero la hora en que ha dispuesto salir.

Gertrudis. Si fuera mas oscuro, mejor jarro de agua que les habia de echar encima á los pelmazos!...

Darlemont. Toma ese doblon, y anda tú tambien á remojar el paladar hasta el toque de ánimas.—Yo voy entretanto á la intendencia, á ver si se han preso muchos hereges. (*Oyese tocar á vísperas.*)

Gertrudis. Ya estan tocando á vísperas!... la señorita irá con el ama, y tendré que acompañarlas!... (*Haciendo señas á Renato.*) Eh!

Claudio. En qué os quedais cavilando?

Darlemont. En que la niña va á salir para ir á la iglesia. Vete, vete: voy á verla pasar. (*Vase Claudio.*)

Renato. (*Aparte.*) Ya no tardará en salir... estemos listos para tomar la monedita de costumbre.

ESCENA III.

DARLEMONT, RENATO, GERTRUDIS, á la ventana.—SUSANA
y LUISA.

Susana. (*Saliendo sola primero.*) Gertrudis! Gertrudis!

Gertrudis. (*Desde adentro, despues de quitarse de la ventana.*) Qué mandais, señora?

Susana. Pronto!... trácte el libro de devociones de Luisa, que está sobre la mesa y el mio... despacha, que ya va á empezar el sermon.

Gertrudis. (Dentro.) Voy, señora, voy.

Luisa. (Saliendo.) Vamos, tia?

Darlemont. (Mirándola.) Es celestial la muchacha!...

Gertrudis. (Saliendo con los libros.) Aquí están.

Susana. (Tomando uno y dando otro á Luisa.) Vente con nosotras.

Gertrudis. Señora... és que...

Susana. Qué?

Bardelier. (Asomándose á la ventana.) No te llesves á Gertrudis, que hace falta en casa.

Gertrudis. (Aparte.) Eso es!... ahora el amo!... no me dejarán hablar un minuto...

Susana. (A su marido.) Déjala venir un momento... en cuanto rece las visperas...

Bardelier. Las rezará conmigo... andad vosotras.

Gertrudis. (Aparte.) Eso es!... y Renato se va á desesperar!...

Darlemont. (Aparte, saludando á Luisa que apenas le contesta.) Yo te bajaré ese orgullo... deja que llegue la noche... y mañana te darás con un canto en los pechos por ser mi esposa!

Renato. (Que ha permanecido en el fondo, se quita el sombrero y se acerca á las dos.) El Señor vaya en vuestra compañía!

Susana. Dios le ampare, hermano.

Luisa. (Se detiene, envuelve una moneda en un papel y se le da á escondidas.) Dios nos dé que dar, hermanito!

Darlemont. Y que caritativa!... ganas le dan á uno de ser mendigo!—*(Se adelanta para hablarlas, pero ellas desaparecen y se halla cara á cara de Renato, que está desenvolviendo la moneda.)*

ESCENA IV.

GERTRUDIS. RENATO. DARLEMONT.

Darlemont. Calla!... qué es lo que veo!

Renato. Capitan!...

Darlemont. El calaveron de Renato!...

Renato. El mismo de siempre, capitán.

Darlemont. Y qué te haces, hombre?

Renato. Nada... pasearme.

Gertrudis. (*Desde la puerta.*) Vaya!... ahora se pone en conversacion con el otro! (*Entrase.*)

Darlemont. Y por qué dejaste el servicio?

Renato. Una bala de mosquete me dió el retiro antes de tiempo.

Darlemont. Y en qué te ocupas aquí?

Renato. (*Dudoso.*) En qué me ocupo?... en nada... es decir... en enamorar á las muchachas por pasatiempo. A propósito, allí hay una que tengo ahora en juego...

Darlemont. Y cómo es que pides limosna?

Renato. (*Aparte.*) Me ha visto la maniobra!—No la pido... solo cuando viene rodada... (*Aparte.*) Ah! Palmerin!... solo por tí haria yo este papel!

Darlemont. Eso es una vergüenza!...

Renato. Ya! pero el comer...

Darlemont. Un soldado que ha servido á mis órdenes!... por qué no solicitas entrar en los inválidos?

Renato. Estoy cansado de comer el pan del rey!... es muy negro y muy duro...

Darlemont. Pero cuando no hay otro...

Renato. Lo que es pan no me falta...

Darlemont. Dale!... pues entonces, cómo pides limosna?

Renato. (*Aparte.*) No encuentro salida!... Mucho tiene que agradecerme Palmerin!—Es que... lo que es recursos no me faltan... solo que yo no quiero abusar... tengo un amigo... un mozo pintor... de mucha fama...

Darlemont. Palmerin?... también tú conoces á ese mequetrefe?

Renato. Vaya si lo conozco!— Ibamos juntos á la escuela... él estudiaba por mí... y yo enredaba por él... así es que él ha salido pintor... y yo vagamundo... Ahora hemos vuelto á encontrarnos en el mundo... y como él gana buenos luses... yo le ayudo á gastarlos... mientras encuentro alguna ocupacion...

Darlemont. Pues ya que eres su amigo, quieres darle un consejo de mi parte?

Renato. Si es bueno, por qué no?

Darlemont. Pues dile que procure no ponérseme nunca delante.

Renato. Calla!... (*Mirando adentro.*) También es casualidad!... justamente ahora vais á tenerle delante!... Decídselo vos mismo, que él sabe responder... no penseis que su mano entiende solo de pinceses...

ESCENA V.

DARLEMONT. RENATO.—PALMERIN.

Renato. (*Saliéndole al encuentro.*) Adios, Palmerin. (*En voz baja.*) Luisa me ha dado la limosna de costumbre.

Palmerin. Ah!... si me anunciará que nos veremos esta noche!

Renato. Ven acá: llegas á tiempo.—Este caballero me estaba dando un consejo para ti.—Es el señor Darlemont, gobernador del Delfinado.

Palmerin. Señor caballero, os doy gracias, y estoy pronto á recibir vuestro consejo.

Darlemont. Pues bien, mozito, ya que este truan pone á un caballero en el caso de cruzar su palabra con la de un villano, os recomiendo que trateis de no poner os nunca delante de mí.

Palmerin. Yo no me pongo nunca delante de nadie, señor caballero; yo sigo tranquilamente mi camino, y para encontrarme con alguno, es preciso que sea él quien venga á ponérseme delante.

Darlemont. En cuyo caso te harás á un lado con mucho respeto para dejarle pasar, si es un caballero.

Palmerin. Por urbanidad lo hago siempre; pero cuando lo exigen con altanería, entonces levanto yo la cabeza.

Darlemont. Hola!—Pues, sin rodeos: se dice, y desearía saberlo, que la sobrina de Bardelier, la hermosa Luisa, gusta de tí?

Palmerin. Si fuera cierto, por Dios santo! que guardaría en mi seno, como un misterio divino, tamaña felicidad; porque el publicarlo sería desleal y cobarde!

Darlemont. Por el fuego con que hablas de ella se conoce que la amas!

Palmerin. Y quién no ha de amar esa flor cándida y pura!

Darlemont. Y tienes intencion de casarte con ella?

Palmerin. Podría negarme á responderos; pero os diré que

de un mes á esta parte no tengo ya semejantes intenciones.

Renato. (Aparte.) Yo lo creo!... cómo las ha de tener!

Darlemont. Puedes darte la enhorabuena de ello!

Palmerin. Y por qué ha de valerme eso vuestra enhorabuena?

Darlemont. Porque si no fuera así, yo te lo prohibiría.

Palmerin. Y si yo tuviera la desgracia de desobedeceros, señor caballero?

Darlemont. En ese caso, yo te daría una lección de obediencia y respeto, que no olvidarias en mucho tiempo.

Palmerin. El caballero Darlemont está hoy de broma sin duda!—Pues qué!... me concedería el honor de cruzar mi humilde espada con su noble tizona!

Darlemont. Mocito!... la vanidad te ciega!—Lo que yo haría sería mandarte dar unas baquetas, de modo que te quedasen las señales para toda la vida.

Palmerin. Eso, señor caballero, sería infernar un alma, porque convertiríais á un inocente... en asesino!

Darlemont. No sucedería tal!

Palmerin. Creed que sí, señor caballero.—El que logre infamarme pierde mi alma... porque me obligará á matarle á puñaladas... como á un perro!

Renato. Oh!... él es un cordero... pero cuando dice una cosa la hace... *(Aparte.)* y yo le ayudaría!

Darlemont. Pintorcito!... hojas muy bien templadas se han roto contra este pecho sin herirlo, y yo he deshecho la mano que las guiaba. Daos por advertido.

Palmerin. Agradezco el aviso, señor caballero: pero correré el albur, y Dios dirá.

Darlemont. Pues bien: si queréis hacer la prueba, no tenéis más que venir, contra mi prohibición, á suspirar bajo esos balcones.

Palmerin. Justamente es mi paseo cotidiano, señor caballero.

Darlemont. Pues yo vendré á indicaros otro.

Palmerin. Dudo que me convenga: me haría daño el cambiar.

Renato. Como que el aire de esta calle es muy sano!...

Darlemont. Yo traeré conmigo un médico que se encargue de curaros, señor pintor!

Palmerin. Lo aguardaré á pie firme.

Darlemont. Pues , hasta mañana !

Palmerin. Hasta mañana !

ESCENA VI.

PALMERIN. RENATO.

Renato. Muy alto picas, hermano pintor!

Palmerin. Y qué quieres! el necio orgullo de ese matachin me ha encendido la sangre. No sé si es odio ó son celos... porque se me figura que ese hombre ha puesto los ojos en Luisa... y me he estremecido de cólera!... estaba aguardando que me hubiese tocado solo con la punta de los dedos el vestido , para haberle rasgado la cara con el pomo de la daga.

Renato. Y que te hubieran ahorcado por insultar á un caballero !

Palmerin. Ah!

Renato. No hay-mas: asi dice la ley... ley hecha por ellos en provecho propio... ley del embudo.

Palmerin. Verdad es!... no hay mas remedio que someterse á ella!

Renato. Hasta que Dios quiera!

Palmerin. Pero no quiero hablar mas de ese fátuo , cuando he venido á que me des la vida!

Renato. En el bolsillo la tengo.

Palmerin. Qué! ha salido ya Luisa?

Renato. Con su tia. Yo estaba de centinela, como todos los domingos, con el sombrero en la mano, haciendo de estafeta para tí, y de mendigo para ellas.—Solo siento que ese maldito Darlemont me ha visto, y ha creído que yo pedia de veras limosna !

Palmerin. Y te lo habrá echado en cara... y soy yo la causa!... perdóname Renato!

Renato. Eh!... qué importa!— (*Desdobra la moneda y da el papel á Palmerin.*) Toma, toma... ahí tienes la vida... como tú dices.

Palmerin. Dame , dame ! (*Lee.*)

Renato. He aquí una moneda de doce sueldos dada por la blanca mano de la niña mas linda que he visto en mi vida!

Palmerin. (*Leyendo.*) A las diez de la noche!

Renato. Hola! cita tenemos!... y no como el domingo pasado que no hubo novedad.—Pues no es mucho que digamos, una entrevista por semana.

Palmerin. (*Leyendo.*) La ha pedido en matrimonio el caballero Darlemont!...

Renato. *Tarde piace*, amigo mio!

Palmerin. Ah! bien le aborrecia yo por instinto!... Es necesario tomar un partido... esto no es vivir!

Rsnato. Ya era tiempo: tres meses hace que os casásteis de secreto... y no os veis mas que una hora cada ocho dias... eso no vale la pena de ser marido y muger.

Palmerin. Si se decide ella á partir, puedo contar contigo?

Renato. No estoy yo en el mundo para servirte de hermano?... para partir contigo las penas, las alegrías... el dinero?... No hago la corte, por ti, á la buena de Gertrudis... la fregona?... No fui yo quien te buscó dos testigos, entrando yo en la cuenta, y un cura que te echase la bendicion nupcial?... No me escogerias por padrino, si tuvieras que escabechar á Darlemont, porque ultrajase á tu muger?...

Palmerin. Ultrajar á mi muger!... vaya, Renato, no hablemos de eso!

Renato. Es verdad: hablemos de la cita.

Palmerin. Sí, sí.—Mientras llega la hora, voy á pasearme á la orilla del rio.

Renato. Y yo á cenar opíparamente con la pieza de doce sueldos.

Palmerin. Mira, Renato, mira!... alli creo que viene!

Renato. Pues vámonos aprisa!

Palmerin. Y despues de haber pasado dos domingos casi sin verla, he de perder este breve momento de contemplarla al paso!

Renato. Esta noche la verás... y sin el estorbo de la tia.

Palmerin. Me pondré á cierta distancia...

Renato. Haz lo que quieras.

ESCENA VII.

DICHOS.—BARDELIER. GERTRUDIS. Luego SUSANA Y LUISA.

(Renato se acerca á la casa: Gertrudis sale á la puerta, pero Bardelier llega por detras y la detiene por el vestido.)

Bardelier. Ya he dicho que no salgas!

Gertrudis. (Furiosa.) Pero qué le ha dado hoy á este hombre!—Tener aqui al novio y no poder hablarle una palabra!... *(Juan sale de la casa con carga.)*

Bardelier. (A Juan.) Juan, asi que dejes eso, ve á tomar un bocado, y vuelve aqui entre ocho y nueve, estás? ese será el último viaje.

Juan. Bien, mi amo.—*(Vase.) (Salen Susana y Luisa.— Palmerin hace señas á esta: Bardelier lo observa.)*

Luisa. (Aparte.) Él es!

Bardelier. (Aparte.) Allí está el amigo!... Sí, hazle señas... que serán las últimas.

Renato. (Llegándose á Palmerin.) Ves como te observa el viejo?... al fin harás que sospeche.

Palmerin. Qué hermosa está!

Renato. Y tú qué tonto!... vámonos, vámonos de aqui. *(Se le lleva.)*

ESCENA VIII.

BARDELIER. SUSANA. LUISA.

Susana. Pero dime, hombre, qué llevar y traer es ese, que no ha cesado Juan en todo el dia?

Bardelier. Ya lo sabrás, muger.—Y qué tal, Luisa, te ha gustado el sermon?

Luisa. Sí señor, mucho! lo he oido con suma atencion.

Susana. Y eso que nada tenia que ver con ella: porque el cura ha predicado acerca de los deberes de la muger para con su marido.

Bardelier. Algun dia le servirá lo que ha oido. Y si hubiera aceptado la oferta que la hicieron ocho dias ha...

Susana. Muy delicada eres, hija! Despreciar asi á un caballero de la alta nobleza...

Luisa. No es la gerarquía la que yo busco, tia. Y vuestro casamiento me está probando que los títulos y la cuna no son los que constituyen la felicidad. No es verdad, tio?

Bardelier. Eso depende...—Pero no os parece que hace una tarde hermosa!... Saca unas sillas, Luisa. Nos sentaremos un rato á la puerta.

Luisa. Voy, tio.—(*Entra en la casa.*)

Susana. Voy yo tambien á ver si Gertrudis ha dispuesto la cena.

Bardelier. (*Deteniendola.*) No hay para qué.—La he dicho yo que no disponga nada.

Susana. Pues qué, es hoy dia de vigilia?

Bardelier. No; pero no cenamos en casa.

Susana. Qué estás diciendo?... Pues cómo!... y no me has dicho nada!... Dónde vamos á cenar?

Bardelier. Lo sabrás cuando lleguemos.

Luisa. (*Con las sillas.*) Aquí están las sillas.

Bardelier. Sentémonos.

Susana. Has visto, Luisa?... No cenamos en casa, y no quiere tu tio decirnos dónde cenamos!

Luisa. El es quien manda, tia. Ya sabeis que el predicador nos ha dicho que la obediencia es uno de los deberes de la muger.

Susana. (*Sentándose como los demas.*) Tambien debia haber dicho algo sobre los deberes del marido.

Bardelier. Los deberes del marido voy á decírtelos; trabajar para que su familia viva honradamente, y cuidar que nada turbe su tranquilidad.—Mi trabajo y tu economía nos han puesto en el caso de pasarlo con decencia donde quiera que vayamos á residir: solo nos falta elegir el sitio donde podamos vivir con tranquilidad; y eso es lo que yo he hecho, como gefe de la casa.

Susana. Reconozco vuestros méritos, esposo y señor!...—Pero insistes en la idea que nos marchemos de aqui este otoño dentro de tres meses?

Bardelier. (*Acercándose á ellas.*) Escuchadme: esta ciudad no le conviene á alguno de nosotros.

Luisa. (*Aparte.*) Cómo me mira!

Susana. Si quisieras decirme á quién y por qué?

Bardelier. Te lo diré cuando estemos fuera de ella.

Susana. Pues todavia va largo.

Bardelier. No tanto!

Susana. Digo!... á menos que adelantes el viaje...

Bardelier. Lo adelanto tres meses.

Luisa. Cómo!... tío!...

Susana. Por esa cuenta, marchamos mañana ó pasado mañana?...

Bardelier. Marchamos hoy.

Susana. Te estás burlando!

Bardelier. Hoy te digo: y dentro de una hora.

Luisa. (*Tremula y alterada.*) Dice bien mi tia!... quereis embromarnos... no es verdad?... decís eso por meternos miedo?

Bardelier. Y por qué os ha de dar esto miedo?

Susana. Pero cómo nos has de hacer creer que dejas así la tienda abandonada?... y los muebles?... y la ropa?... y lo que hay que arreglar?..

Bardelier. Todo está arreglado, doblado, empaquetado... ropa, vagilla, efectos... los de Luisa, los tuyos, los míos... hasta los de Gertrudis: traspasada la tienda... en fin, todo.—Solo espero á Juan para llevar un cofrecito, que será lo último, y echamos á andar. (*Luisa al oírlo se turba y casi se desmaya.*) Luisa!... sobrina!... qué es eso?... qué tienes?...

Susana. (*Sosteniéndola.*) Qué ha de tener!... el asombro... la sorpresa!... y no sé cómo yo no me desmayo también!... Esto es un trabucazo!... Irnos así... de repente... á escondidas... sin despedirnos de nadie... á manera de una fuga!...

Bardelier. (*Levantándose.*) Es preciso.

Susana. Buena campanada vamos á dar!... que dirán los conocidos!... anochecer y no amanecer!...

Bardelier. Así he querido que sea.

Luisa. (*Levantándose impetuosamente.*) Es imposible, señor!... (*Con firmeza.*) Yo no partiré.

Bardelier. (*Con energía.*) Cómo!

Luisa. (*Bajando los ojos.*) No puedo... no debo partir.

Bardelier. Aquí nadie manda sino el jefe de la familia, señorita!... y cuando dispone una cosa hay que obedecerle!—El sacerdote que ha explicado los deberes de la mujer para con su marido os habrá dicho que para ser buena esposa y buena madre es necesario haber sido hija sumisa y obediente. Obedece pues!

Luisa. Ay! amado tío!

Bardelier. Mete la mano en tu pecho, y dime si crees que este viaje repentino lo haré yo por tu tía ó por mí: preguntale á tu conciencia!

Luisa. Ah! sí, sí... conozco que por mí es todo esto!... veo que habeis descubierto los secretos de mi corazón!... Pero ya es tarde, señor!... oidme... y os diré de rodillas...

Bardelier. Qué haces?... repara donde estamos.

Luisa. Pero...

Bardelier. Basta... nada quiero oír... partirás, yo lo mando.

Luisa. Ah!... primero morir!

Bardelier. (*Aparte.*) Esto es mas de lo que yo creía!— (*Trae á Luisa á un lado.*) Escúchame... (*A Susana que los sigue.*) Déjanos un rato... entra á disponer lo que necesites: esto es solo para los dos.— (*Vase Susana.*) Creí que bastaría mi autoridad para hacerme obedecer; pero una vez que no es así, y que mi ternura no halla eco en tu corazón, apelaré á otro lenguaje.

Luisa. Permitidme, señor...

Bardelier. No me interrumpas. — Escuchad, señorita: ese título que os doy de sobrina... me obligais á decíroslo antes de tiempo, no es mas que una espresion de cariño: vos no sois hija de mi hermano.

Luisa. (*Admirada.*) Dios mío!... pues quién soy yo?

Bardelier. (*Sacando un papel.*) Vuestro destino está aqui, trazado por la mano de un moribundo.

Luisa. (*Tomando trémula el papel.*) Mi destino!

Bardelier. Leed!... leed!

Luisa. (*Lee.*) «El duque de Cressac, á su amigo Bardelier, platero de Grenoble.»

« Mi querido Bardelier :

Cuando recibas este pliego ya habré yo comparecido ante Dios, porque mi vida está tocando á su término. La niña que confié á tu cuidado, mi Luisa, mi hija querida, será mañana huérfana. Bendícela en nombre de su padre!... bendícela por mí... pues no le queda en la tierra mas protector que mi antiguo amigo de la niñez...» Ah!...

Bardelier. (*Tomando el papel.*) «Sí, mi querido amigo!... en tí deposita toda su autoridad paternal = El duque de Cressac.» — Ya sabeis quien sois... quien era yo para vuestro padre... en su nombre pues os habló... pensad que él desde allá arriba me oye y os mira!...

Luisa. Ah!... mi salvador!... mi segundo padre!... y yo en premio de tantos beneficios he podido ofenderos!... Perdon... perdon!... soy una ingrata!... estoy pronta á obedeceros!... estoy pronta á seguirlos!...

Bardelier. Bien, hija mia, bien!... Serénate... y vamos... ven, ven á los brazos de tu padre... tú ya eres mi hija!...

ESCENA IX.

DICHOS.—JUAN. CLAUDIO. *Luego* DARLEMONT.

Claudio. (*Aparte.*) Hola! los abrazos de despedida!... llego á tiempo... (*Ocultándose.*) Aun no ha venido mi amo.

Bardelier. (*A Juan que sale.*) Ya te estaba esperando... entra: Gertrudis te dará lo que has de llevar. (*Entrase con él.*)

Luisa, Dios mio!... partir sin avisarle!... vendrá luego y no me hallará... no hallará á nadie que le dé noticias de mí!... Pero ah! pronto se las daré yo... y le haré feliz!... Si algun placer me ha causado el saber que soy de elevada cuna, que poseo riquezas... solo es por él!... Sí! sí!... cuando entre en posesión de mis títulos, de mis bienes, con qué gozo diré á la faz del mundo: este es el que va á partirlos conmigo... este es mi esposo! — Ah! yo le recompensaré todo lo que ahora va á sufrir!

Darlemont. (*Saliendo y dirijiéndose á Claudio.*) Ya estás aquí!

Claudio. Chit!...

ESCENA X.

DICHOS.—BARDELIER. SUSANA, GERTRUDIS. JUAN.

Bardelier. (*A Juan que sale cargado.*) Pero hombre, tanto pesa todo eso, que no puedes llevar ademas el cofrecito?

Juan. Cofrecito!... ya, ya!... pesa mas que todo esto que llevo!... qué diablos tiene dentro!... necesito hacer otro viaje para él solo.

Gertrudis. Y nada de esto puede quedarse.

Bardelier. (*Aparte.*) Cómo ha de ser!... haré que me esperen metidas en el carruage, y volveré yo por el cofre...

no sea que este sospeche...—(*A Gertrudis que tiene una linterna.*) A ver: alumbra aquí, cerraré la puerta.

Gertrudis. Pues qué!... nos vamos todos?...

Bardelier. Alumbra, te digo!

Gertrudis. (*Aparte.*) Mi amo se ha vuelto loco!... á la hora de dormir nos lleva á paseo!

Claudio. (*Aparte á Darlemont.*) Y tambien las mugeres se van... irán á despedirlo.

Darlemont. (*Aparte á Claudio.*) Mejor: asi no hay ningun peligro.

Bardelier. Ea! toma mi brazo, Lujsa: Susana, toma el de Gertrudis: y Juan delante alumbrando. Eso es: vamos andandó.—(*Se van.*)

Claudio. Buen viaje!

Darlemont. Sabes, Claudio, las tentaciones que me estaban dando al verlos marchar?

Claudio. No señor; pero no seria nada bueno.

Darlemont. Derribar de una puñada al viejo, arrebatarle la niña y desaparecer con ella como un rayo!

Claudio. Y el cofrecito?

Darlemont. Cuando la veo me olvido de todo.

Claudio. Señor amo, lo primero es conquistar el ducado y los bienes.

Darlemont. Es que esa Luisa me ha trastornado la cabeza!—Pero en fin, vamos á lo primero, que luego será mas facil..

Claudio. Os acordais dónde os dije que debe estar el cofrecito?

Darlemont. Sí... encima de un armario que hay frente de la puerta de la sala.

Claudio. Eso es.

Darlemont. Veamos si la llave abre.

Claudio. Toma si abrirá!... quereis que yo pruebe?

Darlemont. Y si alguno pasa y viéndonos á los dos en esa maniobra sospecha?...

Claudio. Entonces iré yo á ponerme de centinela por estas avenidas.

Darlemont. Sí: ve á esperarme bajo el arco viejo... al fin de la calle. (*Vase Claudio.*)

ESCENA XI.

DARLEMONT.

No sé qué repugnancia experimento al dar este paso!... Si fuera tomar una batería... asaltar un reducto... cargar á una columna erizada de picas... qué diablo!... lo he hecho mil veces... y con gozo, con placer!... me he arrojado como un león! — Pero llegar de puntillas... falsear una puerta... agarrar un cofre... sacarlo debajo de la capa... y escapar todo azorado... temeroso... vamos! es una acción cobarde, innoble... propia de un villano! — En la guerra soy atroz... no doy cuartel... degüello á cuantos me caen en la mano... registro los muertos... les quito cuanto encuentro... Si entramos á saco un pueblo nada perdono... nada respeto... Pero esa es la guerra, voto al diablo!... son los derechos del vencedor... también uno se espone á que le atraviesen de una estocada, ó á que lo barra la metralla!... Pero esto!... (*Después de un momento de reflexión.*) He de hacer ahorcar á ese pícaro Bohemio que es el que me ha metido en la cabeza hacer esta picardía! — (*Otra pausa.*) Pero también ella!... despreciar mi mano!... veremos si persiste en su negativa... Y si se empeña en despreciarme... peor para ella... yo seré duque de Cressac, por muerte de su padre... y ella... ella está acostumbrada á vivir como sobrina del platero. Vamos, vamos... no tengo que echarme en cara ninguna desgracia... habrá algunas lágrimas y nada más! — Animo! (*Mete la llave y abre.*) Bien abría la llave... cerremos por dentro. (*Echa la llave por dentro á la puerta y sube por la escalera.*) Con tal que no pierda el tino!... (*Llega á la meseta y toca la puerta interior.*) Esta es la puerta de la sala... si estará cerrada!... (*Levanta el picaporte y abre.*) No!... solo con picaporte! (*Entra en la sala.*) El armario está enfrente de esta puerta... (*Diríjese á él á tientas, tropieza con una mesa, pero llega al fin.*) Cáspita!... Este es! — (*Pone una silla para subirse en ella y alcanza el cofre.* — *Bardelier aparece en la escena.*)

ESCENA XII.

DARLEMONT, *dentro de la casa.*—BARDELIER, *fuera.*

Bardelier. Ya las dejo entrando en el carruaje... vengo sin decir las nada... porque no empiezen las preguntas... (*Me-te la llave.*) Mi muger hubiera querido venir también... (*Entra y sube la escalera: lleva en la mano una linterna.*) Vamos á tomar el cofrecito.

Darlemont. (*Que ha bajado el cofrecito y le ha puesto sobre la mesa.*) No hay duda!... Claudio es una alhaja... y le cumpliré la palabra de hacerlo mi escudero. — Qué oigo!... gente aquí!...

Bardelier. Algüen hay aquí dentro!... (*Levanta el pica-porte.*)

Darlemont. Bardelier!... válgame el infierno!!...

Bardelier. (*Reconociéndole con la linterna.*) Darlemont!... (*Retrocede y ve el cofre.*) El cofre!...

Darlemont. Silencio, miserable!...

Bardelier. Un noble!... un caballero!...

Darlemont. Calla!... calla!...

Bardelier. Era este el objeto de tantas idas y venidas?... Robarme!... Ese infame Bohemio os ha vendido el secreto... pero en el Delfinado hay tribunales!

Darlemont. Desgraciado!

Bardelier. Sí!... y yo denunciaré vuestro crimen!

Darlemont. (*Agarrándolo del cuello.*) Tú!... primero morirás!

Bardelier. (*Con voz ahogada.*) Socorro!... socorro!...

Darlemont. (*Atravesándolo con la daga.*) No me has de perder!

Bardelier. Ay!... (*Cae muerto en la meseta de la escalera.*)

ESCENA XIII.

DICHOS.—PALMERIN.

Palmerin. Van á dar las diez... ya me estará esperando mi Luisa... Sin embargo no bajará hasta que dé el reloj de la torre.

Darlemont. (Que se ha quedado aterrado.) Qué he hecho yo!... Dios mio!... pero qué recurso!... me iba á perder... la necesidad me ha obligado á ello!... (Quitándose el sombrero.) Perdóname, Señor!—(Pasa por cima del cadaver, baja y sale á la calle dejando la puerta entornada.)

Palmerin. No hay luz en su cuarto como tiene de costumbre... habrá temido que eso llame la atencion!... Esposamia!... qué desgraciados somos!

Darlemont. (Viendo el bulto de Palmerin pone mano á la espada.) Aqui hay gente!... no le dejaré acercarse á mí!...

Palmerin. (Viendo el bulto de Darlemont.) Quién va?...

Darlemont. Atras!—(Desaparece.)

Palmerin. Le ha asustado mi presencia... me ha tomado sin duda por algun ladron.

ESCENA XIV.

PALMERIN.

(El reloj da las diez.)

Las diez!... vamos. — (Llega á la puerta y la halla abierta.) Luisa mia!... antes de la hora ha bajado á tenerme abierto. (Entra.) Estará en la escalera esperándome!... (Sube, llega á la meseta, y tropieza con Bardelier.) Qué es esto!... qué bulto es este?... (Tocándolo.) Dios mio!... será mi Luisa que se ha desmayado!... (Pone una rodilla en tierra.) Luisa!... Cielos!... es un hombre!... desmayado... muerto tal vez!... el suelo está mojado!... (Levántase.) Qué horror!... estoy pisando sangre!... Aqui se ha cometido un crimen!... Qué haré, Dios mio!—Gritaré?... si no fuera mas que por mí... pero voy á comprometer á Luisa... á mi Luisa.—Si hubiera dentro luz!... (Mira por la cerradura.) Nada!... el silencio de la muerte reina en toda la casa!... Ah! salgamos!...

ESCENA XV.

DICHOS.—GERTRUDIS. Luego JUAN. SUSANA. LUISA. Luego CLAUDIO Y RENATO. Luego una patrulla.

Gertrudis. Anda aprisá , Juan!... mueve esos pies!...

Juan. Si las señoras vienen despacio...

Gertrudis. Dónde andará el amo?... se nós desapareció... y no ha habido quien detenga á la señora... ni á la señorita...

Palmerin. (*Bajando la escalera.*) Asi que salga á la calle, gritaré fuego... vendrá gente... y yo llegaré de los primeros... (*Al salir se encuentra con Gertrudis que llegaba á la puerta.*)

Gertrudis. Ah!... sois vos , señor amo ?

Palmerin. (*Aparte.*) Gertrudis en la calle á estas horas !

Gertrudis. (*Tomándole del brazo.*) Buen susto nos habeis dado ! (*Llamando.*) Señora!... señora!... ya está aqui!

Palmerin. Déjame!... déjame!

Gertrudis. (*Asegurándolo.*) Ay!... Juan!... Juan!... un hombre sale de casa!...

Susana. (*Saliendo.*) Qué dices ?...

Juan. (*Llegando.*) Aqui estoy!... (*Le sujeta.*)

Palmerin. Soltadme... soy conocido de la casa...

Luisa. (*Llegando.*) Él es!... (*A Susana.*) Es Palmerin, tia!... Soltadle!... Suéltale, Juan.

Susana. Cómo!... pero, y mi marido?... dónde está?... está dentro?... Jesus! qué hombre!... dejarnos asi solas... y no parecer!...

Gertrudis. (*Que ha subido y tropezado con su amo.*) Qué es esto?...

Palmerin. (*Aparte á Luisa.*) Ah Luisa mia!... huyamos de aqui!...

Luisa. (*Id.*) Pues qué ha sucedido!...

Palmerin. Una desgracia horrible!... que no puedo comprender...

Luisa. Una desgracia !

Gertrudis. Al asesino... al asesino!... (*Asomándose á la ventana.*) No le solteis!...

Susana. Qué dice!...

Gertrudis. Mi amo!... mi pobre amo asesinado...

Susana. Ah!... (*Cae desmayada.*)

Renato. (*Saliendo.*) Qué bulla es esta?

Juan. Este es el asesino!

Luisa. Ah!... no!... es imposible!

Renato. (*Aparte.*) Palmerin!... qué impostura!

Susana. (*Volviendo en sí.*) Sí... lo ha asesinado por venganza!...

Luisa. Por venganza?... Ah! no lo creais!

Susana. Sí!... porque le prohibió entrar en casa!

Todos. Ah!...


Renato. (*Aparte.*) Sí! que no entraba él!

Claudio. (*Sale con la patrulla.*) Por aquí... patrulla...

Palmerin. Dios sabe la verdad!

Luisa. (*Mirando á Palmerin.*) Él asesino de mi protector!... Dios mio!... haced que no sea verdad! (*La patrulla rodea á Palmerin.—El jefe entra en la casa y reconoce el cadaver; los vecinos que han acudido quieren entrar: los centinelas se lo estorban.—Cae el telon.*)





Acto segundo.

El teatro representa la plaza del mercado. En el fondo la iglesia.
A la derecha la casa de Bardelier.

ESCENA PRIMERA.

RENATO. TURGOT. JUAN.

(A lo largo de la casa hay un carro cargado de paja: la trasera se oculta entre bastidores; la delantera está sostenida en estacas.)

Renato. Esta es la plaza del mercado: aquí debe estar el carro con la carga consabida.

Turgot. En efecto... allí le veo.

Renato. Juan quedó en colocarlo delante de la casa del difunto Bardelier, y llevar los caballos á la cuadra.

Turgot. Parece que en esta ciudad no se acostumbra madrugar mucho.

Renato. Verdad es: nadie parece: todo está cerrado.

Turgot. Saldrá el sol antes que hayan abierto las tiendas.

Renato. Digo!... pues el que hubiera oído ayer mañana el grito de indignación, el clamor unánime que resonó en el tribunal al oír pronunciar la sentencia de muerte de Palmerin, cómo no se había de figurar que hoy estaría conmovida, agitada... Sí, sí!... yo corrí á las montañas, y á mi vuelta me la hallo dormida como una marmota! —No son así los montañeses, que apenas les he dicho lo que pasaba, han puesto manos á la obra!

Turgot. (Aparte.) Enterémonos bien, para dar cuenta exacta.

Renato. Visteis como se inflamaron con mis palabras cuando les dije: no creáis que le condenan por la muerte de Bardelier, que tan injustamente le han achacado, no! le condenan por ser opuesto á esas medidas feroces, á esa fanática persecucion que se está sufriendo por opiniones religiosas... le condenan porque ha logrado libertar muchas víctimas de la hoguera y del cadalso... por eso... ese es su crimen!

Turgot. Y en cada choza nos respondian: contad con nosotros para libertarlo... lo salvaremos, ó moriremos en la demanda!

Renato. Y yo tambien lo juro!... lo salvaré, ó moriré en la demanda. (*Tomándole la mano.*) Y vos tambien, no es cierto?

Turgot. Cierto!—(*Aparte.*) A ver como logro escurrirme para dar el aviso.

Renato. Aqui empezará la gresca. Animo! que todo es permitido para salvar á un inocente. (*Dirígese al carro.*) Pero calla!... ahí está Juan durmiendo!

Turgot. Y en cama no muy blanda!

Renato. Pobre mozo! llegaría muy cansado... el camino de la montaña es tan malo!

Turgot. Pues os dejo con él: ahora no hago falta?

Renato. No: id echando ya para acá á los que encontréis, Los menos atrevidos, que anden al rededor de la plaza... siempre harán bulto, y eso conviene.

Turgot. No tengais cuidado. (*Aparte.*) En todo está este maldito! (*Vase.*)

ESCENA II.

RENATO. JUAN.

Renato. (Yendo debajo del carro.) Hola! Juan!... (*Dándole con el pie.*) Eh! Juan!... como un costal de paja! (*Le tira de una oreja.*) Será esta la parte sensible... Eh! dormilon!

Juan. (Asustado.) Eh!... quién va?

Renato. Abre esos ojos!... Soy yo, Renato.

Juan. Como estaba durmiendo...

Renato. Ya es de día!

Juan. Como no hay nada que hacer...

Renato. Pronto habrá!

Juan. Por mí, ya estoy listo.

Renato. (*Sacando de la blusa una espada.*) Toma, guarda este instrumento ahí con los demas, hasta la hora del baile.

Juan. Venga. (*Lo esconde entre la paja.*)

Renato. Ahora, duermé hasta que llegue la hora.

Juan. (*Voloiendo á echarse.*) Buenas noches.

Renato. Veamos si responde Gertrudis, y me da noticias de su ama. (*Toca á la ventana del piso bajo.*)

ESCENA III.

RENATO. GERTRUDIS, á la ventana.

Gertrudis. Hola! gracias á Dios que te veo!

Renato. Dime... pero yo no sé hablar con pared por medio: sal aqui afuera: no hay nadie en la plaza.

Gertrudis. Vamos allá. (*Retírase, y sale.*)

Renato. (*Dándola un abrazo.*) Bendita seas!

Gertrudis. Quieto!... no lo oiga la señorita... Escucha: en toda la noche no ha pegado los ojos, ni ha cesado de pasearse por su habitacion: al fin me llamó, y me dijo que así que amaneciera te buscara para que me dieras noticias del estado en que se halla la causa de Palmerin, y que te diera este bolsillo para que se lo llevaras. Con que dime...

Renato. Qué te he de decir!... que ya para nada le hace falta este dinero.

Gertrudis. Pues qué, le han sentenciado?

Renato. Y con alma!

Gertrudis. Me haces temblar!

Renato. Le han sentenciado á muerte esos tunantes!

Gertrudis. Jesus! Dios mio!... Con que han encontrado pruebas?

Renato. Niña mia, tú discurrees como un perro mastin.

Gertrudis. Vaya!

Renato. Cómo quieres que hayan encontrado pruebas de lo que no es?

Gertrudis. Pues entónces, cómo?...

Renato. Como que á ellos lo mismo les da. Se ha hecho un asesinato, y necesitan ahorcar al asesino: les viene á la mano un pobre muchacho; pues él es. Le ahorcan, y santas pascuas.

Gertrudis. Mira tú!... y yo que fui la que grité y le hice prender.

Renato. Hiciste una hombrada!

Gertrudis. Ya! si entonces hubiera yo sabido esto!...

Renato. Cómo ha de ser! tú obraste bien.

Gertrudis. Ay! si yo no consigo oír de su boca que me perdona, me voy á morir de pena y de miedo!...

Renato. Le verás: la sentencia dice que al ir al suplicio lo han de pasar por aquí, para que pida perdon delante de la casa del difunto.

Gertrudis. Ay! Dios mio! la señorita se muere!...

Renato. Es preciso ver el medio de sacarla antes de casa, no sea que lo entienda. (*Aparte.*) Digo si lo entenderá con la gresca que vamos á armar aquí.

Gertrudis. No puede hoy marcharse... No sabes que ya el rey le ha devuelto los títulos, y hoy es la ceremonia?

Renato. De todos modos, no la digas nada de esto. El dinero lo tomo... y lo emplearé en socorro de Palmerin... (*Aparte.*) En repartirlo entre los montañeses que lo han de salvar.

Gertrudis. Cómo?

Renato. Ya lo verás luego, sin que nadie te lo cuente.

ESCENA IV.

DICHOS.—BONARD, dirigiéndose á la puerta.

Renato. Ya tienes ahí visita.

Gertrudis. Es el señor Bonard, el agente de negocios.

Bonard. Gertrudis, y la señora duquesa de Cressac, se ha levantado?

Gertrudis. Yo no sé si estará visible.

Bonard. Id á decirla que esté dispuesta para la ceremonia. Que la comitiva vendrá aquí á buscarla á las diez para acompañarla á la catedral, donde debe recibir de manos del señor arzobispo la corona ducal.

Renato. (*Aparte, sentado en un banco.*) Puede que en el

camino se encuentre á su esposo que va á recibir la corona del martirio!

Gertrudis. Esperad: iré á darle el recado. (*Entrase.*)

Renato. (*Levantándose.*) Y yo voy tambien á reunir mi gente: que va llegando la hora. Veremos, señor Darlemont, si se juega con los montañeses, y si esos dragones son invencibles! (*Vase.*)

Gertrudis. (*Saliendo.*) La señora duquesa os suplica que tengais la bondad de subir á su habitacion. (*Entranse los dos.*)

ESCENA V.

CLAUDIO. TURGOT.

Claudio. Ese hombre es el mismo Renato que me decias?

Turgot. El mismo en cuerpo y alma.

Claudio. Y cómo te has introducido con él?

Turgot. Una casualidad. Ví luz al pasar en cierto bodegon donde acostumbro ir á comer muchos dias, con los doblones que me dan por el oficio de espiar á los descontentos: aquello me hizo sospechar, por ser á deshora, que tal vez habria allí alguna conferencia secreta: llamo, me abren, pido de cenar... y me encuentro allí á ese individuo en plática con el patron y otros paisanos, todos descontentos, á quienes estaba engatusando. Me ingerí con ellos, y supe sus planes... lo que tratan de hacer hoy, en fin, todo, segun se lo he indicado á vuestro amo, que me ha mandado entenderme con vos.

Claudio. Bien: aqui ha de venir él, despues de revistar á los dragones: yo le enteraré de todo.

Turgot. Recomendadme á él por este nuevo servicio, que ya veis que es espuesto!

Claudio. Yo le hablaré... y se entiende que luego partiremos ganancias?

Turgot. Convenido. — Ah! escuchad. Yo tengo que estar aqui con ellos cuando se empiece el motin, para disimular y que no sospechen... Cuidado, no sea que los dragones vayan á confundirme, y me...

Claudio. No: haz que acometes hácia donde yo esté, y te haremos prisionero al empezar la jarana.

Turgot. Eso es!... no os vayais á distraer!

Claudio. No tengas miedo. (*Vase Turgot.*)

ESCENA VI.

CLAUDIO; luego GERTRUDIS.

Claudio. Este negocio ya está hecho: vamos ahora á este otro. (*Llama: sale Gertrudis.*)

Gertrudis. Qué se os ofrece?

Claudio. Se me ofrece, niña, que traigo encargo del caballero Darlemont de presentar sus respetos á la señora duquesa de Cressac, su parienta.

Gertrudis. Se lo haré presente.

Claudio. Y suplicarla le dispense el honor de recibirlo el primero á darla la enhorabuena.

Gertrudis. Se lo diré asi que esté sola, (*Aparece Darlemont.*) porque ahora acaba de encerrarse con el Sr. Bonnard, su agente de negocios, encargándome que no deje entrar á nadie.

ESCENA VII.

DICHOS.—DARLEMONT.

Darlemont. Donde nadie entra, mocita, ten entendido que entran las personas de mi calidad, y se les abren las puertas de par en par, tan luego como dicen su nombre.— Ya se vé, mi parienta no puede estar enterada de los usos de la nobleza; pero no será malo que entres á prevenírselo.

Gertrudis. Voy caballero. (*Aparte.*) «Las personas de mi calidad!...» Pues no es poco vano! (*Entrase.*)

ESCENA VIII.

CLAUDIO. DARLEMONT.

Darlemont. Y sobre el negocio en cuestion, has adquirido buenas noticias?

Claudio. Sí señor. Esta plaza ha de ser efectivamente el campo de batalla.

- Darlemont.* Por san Pedro! que no ha sido mala eleccion!
Se hará la funcion en presencia de mi noble parienta,
cuya hermosura animará á los combatientes.
- Claudio.* Los montañeses han acudido: aqui se han de ir
reuniendo, y al pasar Palmerin para el suplicio, se dará
la señal.
- Darlemont.* Mucho les agradezco á los montañeses el que
me eviten el trabajo de ir á cazarlos á las montañas, con
cien varas de nieve, viniéndose ellos mismos á caer en mi
emboscada.
- Claudio.* Pero yo no sé si es Dios ó el diablo quien se ha
encargado de protegeros... lo cierto es que todo os sale á
medida del deseo.
- Darlemont.* Sí, escepto los amores de esa ingrata!
- Claudio.* En lugar de ir á perseguir con los dragones á esos
herejes por entre la nieve, á riesgo de sepultaros en ella,
se vienen ellos aqui...
- Darlemont.* Con sanas intenciones...
- Claudio.* A hacerse matar por salvar un católico...
- Darlemont.* Que no quiere salvarse.
- Claudio.* No quiere!
- Darlemont.* No. Ayer, durante la vista de la causa, yo no
sé qué acceso de compasion se apoderó de mí. Hice que
le propusieran de mi parte á Palmerin el que se fugara,
refugiándose en Italia ó en España, con tal que jurase
no volver á poner los pies en el reino de Francia y de
Navarra.
- Claudio.* Y qué respondió?
- Darlemont.* Que solo el criminal huye: que él no pedia
perdon, sino justicia.
- Claudio.* Es claro. A él le parecerá mas novelesco hacer
que le salven aqui á los ojos de su dama.
- Darlemont.* Oh! pues si es esa su esperanza, mal le va á
salir la empresa; porque lo que puede sucederle es morir
algunos pasos antes del suplicio.
- Claudio.* (Mirando adentro.) Chit!... Mirad! ya van viniendo
los de las blusas... la fiesta va á comenzar.
- Darlemont.* Y no quieren estos llegar tarde.
- Claudio.* Vendrán á hacer prosélitos entre los vendedores
de grano que han de acudir á la plaza.
- Darlemont.* Corre al cuartel de los dragones: dile de mi
orden al capitán, que segun las instrucciones que le he

dado, salga con la compañía, y la distribuya en los puntos indicados: así que esté hecho, ven á darme parte
(Vase Claudio.)

ESCENA IX.

DARLEMONT. BONARD. MONTAÑESES.

(Bonard sale de casa de Luisa.—Durante la escena siguiente, varios montañeses van llegando, y colocando en la plaza canastos, sacos de trigo y otras mercancías para el mercado.)

Darlemont. (A Bonard.) Señor Bonard, por qué sois tan pesado en vuestras visitas?

Bonard. Perdonad, señor gobernador, traigo encargo de deciros de parte de la señorita, que no le es posible tener el honor de recibirós en este momento.

Darlemont. Desearía oír eso mismo de su boca.

Bonard. Está ahora vistiéndose para ir á la catedral, y hasta que vuelva de la ceremonia, en que ha de recibir la corona de duquesa, no piensa admitir visitas ni felicitaciones de nadie.—Oís!... ya sale la comitiva.

ESCENA X.

DICHOS.—LUIA. GERTRUDIS. ACOMPAÑAMIENTO.

(Empieza música en la iglesia: ábrense las puertas, y se ve la nave principal y el altar mayor en el fondo todo colgado é iluminado. La comitiva sale de la iglesia: primero dos reyes de armas, luego los diputados de la nobleza con el pendon de las armas de CRESSAC: luego la congregacion de las hijas de la Virgen vestidas de blanco, con su pendon, tambien blanco, con una cruz roja. La comitiva se dirige á casa de Luisa.—Esta sale á la puerta vestida de luto, acompañada de Gertrudis: Bonard se pone á su lado.)

Luisa. (Aparte á Bonard.) Ah! todo esto lo hago por él!., En cuanto salga libre, le declararé mi esposo!

Bonard. (Aparte.) Pobrecilla! (Llega la comitiva á casa

de Luisa, al son de la música: Luisa se adelanta y arrodilla ante el pendon de la Virgen.)

Luisa. Virgen pura, que amparais al afligido y defendeis al inocente, no me abandonéis!

Darlemont. (*Adelantándose á darla la mano.*) Noble prima, espero que me concedais la honra de conducirnos al altar!

Luisa. Siento mucho verme obligada á negaros lo que me pedís: no necesito apoyo para marchar en la via del Señor! (*Colócase debajo del pendon.*)

Darlemont. Tú me pagarás este nuevo desaire, orgullosa! (*La comitiva se pone en marcha al son de la música que entona un himno.*)

Claudio. (*Sale, y dice á Darlemont.*) Ya os esperan.

Darlemont. (*Con rabia.*) Sí!... vamos! (*Vase con Claudio. La comitiva llega á la iglesia, á cuya puerta sale á esperarla el arzobispo, acompañado del clero: Luisa se adelanta al pie de las gradas: cuatro acólitos colocados delante del arzobispo, la inciensan con los incensarios. La comitiva entra en la iglesia: las puertas se cierran. —Durante este espectáculo la plaza ha ido llenándose de montañeses y gente del pueblo.*)

ESCENA XI.

RENATO. TURGOT. GILBERTO. BARVILLE. PUEBLO.

Renato. (*A Gilberto y Barville.*) Ya está lleno de gente el mercado: vamos á despachar pronto: no hay que regatear en lo que se compre ni en lo que se venda, á fin que se limpie la plaza cuanto antes de gente inútil.

Barville. Aquellos carros que vienen por allí son de gente nuestra.

Renato. Habrá armas para todos?

Gilberto. Con el dinero que nos disteis antes se han comprado las necesarias: todos los carros de paja estan preñados de armas.

Turgot. (*Acercándose.*) Buena noticia! los dragones van á marchar ahora mismo para las montañas á perseguiros, pensando que estais allá... acabo de saberlo. (*Oyese tocar la bota-silla.*) Oís?..

Juan. Es verdad. Ya están tocando bota-silla para marchar.

Gilberto. (*Llevando aparte á Juan.*) Oye... no te fies de ese Turgot... le he visto antes en una callejuela hablando con Claudio, el confidente de Darlemont.

Juan. Se lo diremos á los amigos, y no le quitaremos la vista de encima.

ESCENA XII.

DICHOS.—GENARO. LEON.

Barville. Hola! el padre Genaro!

Genaro. Adios, hijos!

Todos. Buenos dias, padre! (*Saludándolo.*)

Gilberto. Qué es eso?... venís por grano para el hospicio?

Genaro. No: he sabido que es dia de mercado, y vengo de paso á dar una vuelta por la plaza, y ver á los amigos de la montaña.

Renato. Hola! Leon!... ven acá... ya no conoces á tu amigo Renato?... vamos aquí!—Cuéntame tus aventuras: qué has hecho de bueno este año?

Genaro. No se ha portado mal: ha salvado siete viageros que habian quedado sepultados en la nieve.

Renato. Y aun no ha concluido el año; no es verdad, Leon?

Barville. Muchos racionales podrian aprender de él. Este no se informa, para salvar á un infeliz, si es católico ó calvinista.

Genaro. Y asi debe ser: todos somos hijos de Dios; no es verdad, Leon?

Renato. Mirad cómo responde! (*Oyese sonar una campana.*)

Genaro. Qué toque es ese?

Renato. (*En voz baja.*) Si quereis creerme, marchaos de aquí, padre.

Genaro. Pues qué va á suceder?

Renato. Mañana os lo diremos en la montaña.

Genaro. Ea, pues, vámonos, Leon, despídete de lo amigos.

Todos. Hasta la vista, padre.

Genaro. Dios os eche su bendicion, honrados montañeses, y os proteja en todo!

Renato. En todo!... Amen! (*Vase Genaro con Leon. Desde que sonó la campana se observa movimiento en la plaza: acércause unos á otros, y háblanse en secreto.*)

ESCENA XIII.

DICHOS; *excepto* GENARO y LEON.

Gilberto. Ya se acerca el momento!

Barville. Vamos despachando á la gente inútil.

Un paisano. Eh! eh!... yo necesito comprar paja!... á cómo va la paja?

Juan. (*Apartándolo.*) Ya no ha quedado paja en el mercado.

Paisano. Pues y ese carro?

Juan. (*Echándolo.*) Está vendido. (*Aparte á Renato.*) Que asoma un pedazo de espada!

Renato. (*A Gilberto que está mas cerca.*) Escóndela!

Paisano. Ya viene el reo!... el reo! (*Murmullo general: los montañeses se reúnen y agrupan al rededor del carro.*)

Turgot. Si llamará la atencion el vernos aqui reunidos!

Juan. Cállate! — Si tienes miedo, no se lo pegues á los demas.

Renato. Estamos prontos?

Gilberto. Cuando avises.—Mira! (*Enseñando un pedazo de daga que lleva bajo la blusa.*)

Renato. Chit!... escóndela! que vienen los arqueros!

Juan. (*Empinándose.*) Vienen muchos?

Renato. Doce ó catorce no mas. (*Sale la comitiva: delante dos trompeteros seguidos del pregonero: cuatro arqueros, dos á cada lado, vienen separando la gente.*)

Gilberto. Mírale! mírale!... qué lástima!

Barville. Y qué sereno viene!

Juan. No le han puesto en la tortura?

Renato. No: gracias á la intercesion del arzobispo. (*Aparece Palmerín con la túnica negra, ceñida de un cordel, cuyo cabo lleva el verdugo: el confesor va á su lado: los arqueros restantes cierran la marcha.*)

ESCENA XIV.

DICHOS.—PALMERIN. *Luego* DARLEMONT. CLAUDIO &c.

Gilberto. Es la hora?

Renato. Yo daré la señal: miradme todos. (*La comitiva se para: las trompetas hacen señal: profundo silencio.*)

Claudio. Plaza!... plaza al señor gobernador del Delfinado! (*Todos hacen paso con terror. Aparece Darlemont.*)

Juan. Pues no se habia marchado con los dragones?

Renato. Silencio!

Darlemont. (*Al jefe de los arqueros.*) Alto, en nombre del rey! (*Al confesor.*) Con vuestro permiso, padre. (*Lleva á Palmerin aparte.*) Palmerin, tu hora se acerca.

Palmerin. Lo sé.

Darlemont. Te acuerdas de lo que se te propuso de parte mia ayer en tu calabozo?

Palmerin. No quise aceptarlo. ¿Qué me quereis?

Darlemont. Salvarte. Yo no quiero que mueras.

Palmerin. Qué interes puede tener en que yo viva el caballero Darlemont?

Darlemont. No es interés en que vivas: no es lástima que me dé tu suerte: es... en fin, el grito de la conciencia....

Palmerin. Sabeis, pues, que soy inocente?

Darlemont. Lo sé.

Palmerin. Sabeis, pues, quién es el asesino?

Darlemont. Un hombre solo hay en el mundo que lo sabe, y este hombre lo callará.

Palmerin. Ah! ya lo comprendo!... vos sois el asesino!

Darlemont. Pues bien, sí, yo soy... por una desgracia, por una fatalidad!...

Palmerin. Os compadezco; porque vais á vivir con los remordimientos de haber vertido la sangre de dos personas inocentes... Ah! no me cambio por vos!

Darlemont. Palmerin!... yo quiero libertarte!

Palmerin. Y que yo viva con el borron de asesino!

Darlemont. Pero, y la deshonra del suplicio?

Palmerin. La deshonra está en el delito, no en el suplicio.

—Yo soy la victima... el deshonrado sois vos!

Darlemont. Desgraciado!... tú cuentas con otro auxilio!...

Palmerin. No cuento mas que con el de Dios!

Darlemont. No te obstines... mira que sé todo lo que se prepara... Aprovecha estos momentos de piedad... Si llego á apartarme de tí, no volverás á verme sino esparciendo la muerte!

Palmerin. Hacedlo. Yo la espero mas sereno que vos!

Darlemont. Es esa tu última resolución?

Palmerin. La última!

Darlemont. Cúmplase tu destino. (*Al pregonero.*) Empieza tu oficio! (*Vase apresurado. Suenan otra vez las trompetas.*)

Renato. (*A los suyos.*) Preparaos!

El pregonero. (*Lee.*) «El alto y poderoso tribunal de la intendencia de Grenoble ha sentenciado á Enrique Palmerin, de oficio pintor, convencido de homicidio en la persona de Bardelier, maestro platero, á la pena de horca, pasándole por delante de la casa del dicho difunto Bardelier, ante la cual pedirá perdon de su delito.»

El confesor. Arrodiillaos, hijo mio!

Palmerin. (*Se arrodilla.*) Me arrodillo para pedir á Dios por el alma de esa víctima.—Y me levanto para decir en alta voz á la faz de Dios y de los hombres: soy inocente!

Renato. (*En alta voz.*) A salvar al inocente!

Todos. A salvarlo!

Palmerin. Cielos!... qué veo! (*Unos se arrojan sobre los arqueros, y los desarman: otros se arrojan al corro, y sacan armas de entre la paja.*)

Renato. No hay que verter sangre! Palmerin es nuestro!... á ponerlo en salvo! (*Diríjense con él hácia la izquierda, pero retroceden en tumulto.*)

Todos. Los dragones! (*Una fila de dragones aparece cerrándoles aquel paso. Diríjense al opuesto, y retroceden tambien en tumulto.*)

Renato. Los dragones!... tambien por aquí!

Todos. Los dragones!

Gilberto. La plaza está cercada! (*Otra fila de dragones aparece cerrando el paso de la derecha.*)

Darlemont. Canalla!... rendid las armas!

Renato. Lo veremos!—Compañeros... Palmerin en el centro... y vosotros á ellos! (*Colocan á Palmerin en el centro, defendido por unos: los demas, divididos en grupos, van á acometer por ambos costados á los dragones.*)

Palmerin. Deteneos! no se vierta sangre por mí! dejadme morir!

Darlemont. A ellos! (*Los dragones acometen: los montañeses se replegan al centro.*)

Palmerin. Ah! dejadme... yo me entrego... yo me entrego al suplicio! (*Al caer los dragones sobre ellos, ábrense las puertas de la iglesia, y aparece en lo alto la comitiva, á cuyo frente está Luisa con el manto y corona ducal.*)

Luisa. Qué veo!... Palmerin!... al suplicio!

Darlemont. A ellos!... no hay cuartel!

Luisa. Yo le salvaré! (*Baja, agarra á Palmerin, y lo sube á la iglesia.*) Sagrado!... Sagrado!

Todos. Sagrado!

Darlemont. (*A los dragones.*) Dragones, adelante! (*Los dragones van á acometer. Luisa toma el pendon, y grita.*)

Luisa. El reo está en sagrado!... Atrás, sacrilegos!

Todos. Atrás! (*Los dragones rinden las armas, y caen de rodillas, como todos, quitándose los sombreros. Solo Luisa está en pie en lo alto de las gradas, cubriendo á Palmerin con el pendon de la Virgen. Cae el telon.*)



Acto tercero.

Una vista del valle de Aosta. En el fondo sus aldeas, sus verdes praderas, sus manantiales cristalinos y su diadema de hielo, lo cual se divisa á través de un arco inmenso formado de dos enormes montañas de nieve, cuyos dos picos se unen por un puente rústico formado de troncos ligados. Estos dos picos penden sobre un precipicio sin fondo, y amenazan los senderos que bordean este abismo, únicos caminos que guian á la plataforma del proscenio. Varias veredas escarpadas van desde esta plataforma al puente.—A la derecha, en primer término, hay una choza de pastores guarecida entre dos rocas.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, *en traje de pastor, vestido de pieles. Luego*
GILBERTO y BARVILLE.

Juan. (Hablando con los otros, que se supone estan en lo interior de la choza.) Ea!... quitaos las casacas y todo lo que huelga á soldado: es preciso que no quede en mi choza la menor prenda que descubra á un desertor.

Gilberto. (Dentro.) Tomad el fusil... el sable... y la cartuchera... me quedo solo con los cartuchos. *(Le alarga las tres cosas: Juan las toma.)*

Juan. Bien; y tu compañero?

Barville. Ahí lo tienes *(Le alarga lo mismo)*

Juan. Venga.—Armas y fornituras al precipicio. *(Llégase al precipicio, y lo arroja todo.)* Ahora vengan las casacas saboyanas... *(Las toma, y va á hacer lo mismo)*

con ellas.) seguirán el mismo camino.—Eh! ya estais en trage de pastores, como yo. Ahora venid acá, y tomad un poco de queso y pan duro... si no quereis aguantar hasta llegar al meson del Vallés.

Gilberto. (*Saliendo en trage de pastor.*) Huy!... huy! qué frío!... Mira que para mudarse camisa en estas montañas, será cosa de...

Juan. Pues si vieras cuando llega la canícula...

Gilberto. Qué?...

Juan. Entonces no nieva... mas que cada dos ó tres dias... por no perder la costumbre.

Barville. (*Saliendo de pastor.*) Ah! ah!... vamos con ese queso!... (*Se pone á comer.*) Y cuánto tiempo hace que te has puesto á pastor?

Juan. Cinco años.—Desde que nos escapamos por milagro de las uñas de los dragones, aquel dia que iban á ahorcar al pintor.

Barville. Pobre pintor!... qué será de él!

Juan. Puede que se refugiara en el Piamonte... Allí dicen que fue tambien á parar la señorita Luisa, víctima de la persecucion de los fanáticos, que fue despues mas encarnizada que nunca.

Gilberto. Mejor lo pasará allí que aquí! Esta soledad es capaz de quitarle á uno la vida... qué tristeza!

Juan. Para mí no hay tristeza aqui. Mi padre fue pastor en estas montañas: en ellas me he criado yo. Aqui guardo las cabras... bajo con ellas á la aldea cuando viene el invierno, y vuelvo á guiarlas á mi choza en cuanto asoma la primavera. Yo preferí esta vida á ir á alistarme, como hicísteis vosotros, en las banderas del duque de Saboya. Porque yo dije una cosa.—Señor, cuando un rey quiere meter miedo á otro pais vecino, admite y paga buenos sueldos á los súbditos que se le pasan de aquel pais; pero luego las cosas cambian: los reyes hacen las paces, y los pobres pasados son los que quedan mal.—Renato ha sido de la misma opinion que yo... así es que antes que volver á tomar el mosquete, se ha hecho guia del monte de san Bernardo.

Gilberto. Habeis hecho bien: así estais libres de fanatismo y de tiranía.

Barville. Y en el caso de favorecer á vuestros antiguos compañeros.

Gilberto. Si vieras qué desercion ha habido en el ejército saboyano!... Todos los refugiados franceses hemos desaparecido.—Figúrate que de la noche á la mañana sabemos que ese pícaro de Darlemont habia llegado con una mision secreta de la corte de Versalles, cerca del duque de Saboya!

Barville. Toma!... y aquella noche misma desertamos todos.

Gilberto. Y con vestuario y armas!—Esto le dió pretesto al duque de Saboya para autorizar á Darlemont á que persiga á los desertores por estas montañas.

Barville. Y el infame lo hace á las mil maravillas! Unas batidas nos está dando con los dragones de su escolta, que no nos deja respirar!

Juan. (Distraido.) Silencio!... otra cosa me llama mas la atencion en este momento que los dragones!... Mira, Gilberto, toma... y tú Barville la canasta... y vámonos con las cabras... y cuidado con resbalarse!

Gilberto. Pues qué hay? (*Tomando lo que le ha dicho.*)

Juan. Qué hay?... Mira... ves aquella nubecita blanca allá lejos?... He oido antes cierto zumbido misterioso en la montaña, que nosotros los prácticos no aguardamos nunca á oirlo repetir, porque suele costar caro.—Conque vamos, vamos. (*Echan los tres á andar por el camino que bordea al precipicio.*)

Gilberto. (Deteniéndose.) Eh!... los dragones!... allí los veo esperando...

Juan. Y qué nos importa á los pastores?... Anda.

Barville. Tiene razon, vamos.

Juan. Ya empieza el huracan!... —Calla! Claudio el Bohemio está con ellos!... Esto sí que es malo!... Cuidado!... disimulo! (*Empieza á silvar el viento.*)

ESCENA II.

DICHOS.—CLAUDIO. UN GUIA. DRAGONES: *vienen del valle por el borde del precipicio.*

Claudio. (Al guia.) A qué distancia estamos del hospicio?

Guia. A mas de hora y media, y de mal camino.

Claudio. Diabolo!

Juan. Y el tiempo está amenazando!...

Claudio. (*Deteniéndose.*) Cómo!... Tú crees, pastor, que amenaza efectivamente?

Juan. No os fieis!

Claudio. Dime, y qué distancia hay de aquí á la última aldea que hemos pasado?

Juan. Doble que al hospicio.

Claudio. (*A los dragones.*) Si el coronel no me estuviera esperando, seguiria con vosotros á buscar los desertores por las montañas... pero estos tres pastores sabrán mejor los escondites, y os los enseñarán.

Juan. (*Aparte.*) Estás fresco!—Nosotros no podemos dejar solas las cabras.—Andais persiguiendo á los desertores, eh? Y habeis cogido muchos?

Claudio. Ni uno! Yo creo que el diablo los esconde.

Juan. Ayer por esos desfiladeros... á la mano derecha, ví yo dos que andaban sin saber donde meterse.

Claudio. (*A los dragones.*) Sí?... pues tomad por ese sendero.

Juan. Sí, por ahí... y cuidado con resbalarse, que hay muchos precipicios. (*Vanse los dragones por la senda que les indica.*)

Renato. (*Dentro.*) Pie á tierra os digo!

Juan. (*Aparte á los otros.*) Es la voz de Renato.

Renato. (*Dentro.*) Aquí hay un precipicio endiablado, y si una mula se resbala, os lleva Satanás.

Claudio. Qué gente es esa?... Se me figura que conozco esa voz!

ESCENA III.

DICHOS.—RENATO, en traje de guía, con barba, y sosteniendo á Bonard, sale por donde salió Claudio.

Renato. Vamos!... ánimo!... paso vivo y menudo!... no hay nada mejor para hacer que circule la sangre!

Bonard. Con tal que lleguemos hoy!... ya me he detenido tres días.

Renato. Puede que os hubiera ido mejor deteniéndoos cuatro.

Bonard. No me era posible! (*Aparte.*) Quiera Dios que la halle cuanto antes... pobre Luisa!

Claudio. (*Aparte.*) No hay duda... yo conozco á este hom-

bre.—Dime, guía!... crees tú que amenaza algun temporal?

Renato. Hola!... que hay aqui compañía!

Juan. (*Aparte á Renato.*) Somos nosotros.

Renato. Y qué haceis aqui todavia?... marchad... mirad que dentro de poco se van á cerrar los senderos.

Juan. Nosotros ya los conocemos.

Renato. Pero es que la nieve los va á cubrir. Si no hubiera sido por los ruegos de este señor viajero, no salgo yo hoy de mi choza.

Juan. Pues, ea!... Adios!

Renato. La virgen os acompañe. (*Juan, Gilberto y Barville desaparecen por un lado.*)

ESCENA IV.

RENATO. CLAUDIO. BONARD. EL GUIA.

Claudio. Pero, en suma, hay algo que temer?

Renato. No veis aquella nube que va bajando?... pues no tarda en escúpirnos nieve á la cara.— Qué tal! ya viene delante el huracan! (*Empieza á silvar el viento.*) A tierra todos!

Claudio. Cómo á tierra?

Renato. (*Haciendo echar á Bonard y al guía.*) A tierra digo, y sino, ya vereis!— (*Quédase de pie Claudio: silva mas fuerte el huracan, le hace vacilar y se le lleva el sombrero.*)

Claudio. Ay!... ay!... mi sombrero!...

Renato. Qué os dije yo?...

Claudio. Mi sombrero!... (*Quiere ir tras él y cae.*)

Renato. Sí, sí!... antes de dos minutos habrá llegado al Piamonte.— Buen viaje! (*Levantándose.*) Ya pasó la ráfaga.

Bonard. (*Levantándose.*) Allá quisiera yo llegar tan pronto como él!

Renato. Y por el mismo camino?...

Bonard. Si supierais con cuanta ansia me espera alli una desgraciada!...

Renato. Pues ea!... continuemos el camino.

Claudio. Y nosotros tambien. (*A su guía.*)

Guia. Vamos.—

Claudio. (*Deteniéndose á la bajada.*) Calla !... calla !... qué es aquello que se mueve?... algun animalejo que se revuelca en la nieve!...

Renato. Dónde?

Claudio. Allá... allá abajo... junto al precipicio...

Renato. Será algun oso...

Claudio. (*Preparando la carabina.*) A ver si le acierto !...

Renato. (*Conteniéndolo.*) Demonio !... qué vais á hacer?...

No habeis oído de cuando en cuando el crujido de las montañas?... el viento ha removido la nieve, y la sola detonacion de un tiro haria que se desprendiesen montes de nieve, que nos sepultarian á todos!

Enrique. (*Dentro con sollozos.*) Socorro !... socorro !...

Bonard. Es una persona humana!...

Renato. Buena la ibais á hacer !

Bonard. Cielos !... es un niño, que se arrastra entre la nieve!...

Enrique. (*Dentro.*) Socorro !... socorro !...

Renato. (*Bajando y alargando el baston herrado.*) Por aqui, niño !... por aqui !... por ahi te vas á sumergir !... agárrate á la contera del baston...

Bonard. (*Bajando y ayudándole.*) Apenas puede... está medio helado !...

ESCENA V.

DICHOS.—ENRIQUE.

Enrique. Venid, amigo... venid á buscar á mamá!...

Claudio. Está endemoniada tu madre para arrojarse con un chiquillo por esos senderos.

Renato. (*Que ha ido á mirar.*) Allí la veo... caida junto al precipicio !... Aguardadme aqui... (*Bajando.*)

Enrique. Yo os enseñaré...

Renato. No, no... quédate... (*Baja.*)

Bonard. Ven, niño, ven !... no vayas á sumergirte...

Claudio. Y hay diablos que pasen la vida en esta agonía continua!...

Renato. (*Dentro.*) Ya la llevo !... (*Aparece sosteniendo á Luisa que apenas puede dar un paso: trae echado el velo.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—LUISA.

Enrique. (*Corre á Renato y le besa las manos.*) Muchas gracias, amigo!... (*Ayudando á su madre.*) Ay! mamá!... ya estás aquí!...

Renato. (*Sentándola y levantándola el velo.*) Gran Dios!

Bonard. (*Aparte.*) Ella es!

Claudio. (*Aparte.*) Luisa!...

Renato. (*Que ha echado una mirada á Claudio.*) El bribon la ha conocido!

Bonard Señora!... cómo os habeis espuesto!... Dios mio!... se desmaya!...

Renato. (*Aparte á Bonard.*) Silencio!... no hay que fiarse de ese.— Le daremos algo que la reanime... venga ese frasco! (*Toma el frasco de Bonard y le da unas gotas.*)

Claudio. (*Aparte.*) Bien decia yo!... este hombre no me es desconocido!... ya recuerdo... Es Renato! — Ha caido en mis manos!—Está desfallecida y no podrá continuar.— Mientras vosotros la reanimais, yo voy al hospicio con el guia, y os le enviaré con una mula.

Renato. Buena idea! (*Aparte.*) Algo medita este infame!... No importa, siempre es mejor echarlo de aquí.

Claudio. (*Al guia.*) Ea, mozo, vamos andando. — Hasta luego!

Renato. Si Dios quiere.—(*Aparte.*) Hasta nunca, si Dios me ayuda.

Bonard. Ya vuelve en sí!

Enrique. Mamá!

Claudio. (*Despues de alejarse, dice al guia en lo alto de la montaña.*) Alto!—Si avisas á los dragones y los conduces aquí dentro de media hora, tienes veinte y cinco Luises: toma ahora la mitad.

El guia. Los traeré sin falta.

Claudio. Aquí estaré yo tambien. (*El guia pasa el puente.— Claudio desaparece por otro lado.*)

ESCENA VII.

RENATO. BONARD. LUISA. ENRIQUE.

Luisa. (Abrazando á Enrique.) Hijo mio!... aqui estás!... abrázame, Enrique mio!—*(A Renato.)* A no ser por vos, qué hubiera sido de nosotros!... Dios os recompense, amigo mio!... *(Alargándole la mano.)* Yo no tengo nada con que hacerlo!

Bonard. De eso hablaremos despues.—Aun le hemos de deber otros servicios.—Pero esta no es ocasion de cumplimientos.

Renato. Es ocasion de marchar, y pronto: creedme y no nos detengamos aqui.

Enrique. Vámonos, mamá!...

Luisa. Hijo mio, no puedo moverme!...

Renato. Otro traguito del frasco!...

Luisa. Es inútil!... no tengo fuerzas!

Enrique. Te llevaremos entre los tres.

Renato. Imposible!... por esos senderos no se puede ir sino de uno en uno... Qué remedio!... aguardemos un poco á ver si cobra fuerzas.

Luisa. Me traéis noticias tales, Bonard, que me las puedan volver? *(Renato se separa al oír esto.)*

Bonard. (A Renato.) Dónde vais?... Tenemos nosotros acaso secretos para nuestro amigo Renato?

Luisa. (Mirándolo.) Renato!... Ah!... Cielos!... es verdad!... Renato!... vos aqui!... Decidme... decidme qué es de vuestro amigo?... dónde está?... Cinco años hace que le estoy buscando!

Renato. Señora!... ya le hallaremos... Dios lo querrá!... Desde aquel dia fatal, nos separamos... y no he sabido de él!—Pero serenaos... le hallaremos...

Bonard. Y en fin, yo os traigo nuevas que os imponen la obligacion de conservaros para vuestro hijo. El venerable Flechier, nuestro digno arzobispo, ha obtenido del rey vuestro indulto, con tal que os convirtais á la religion católica.

Luisa. Es la religion de mi esposo.... estoy pronta.

Bonard. Esa conversion os abre las puertas de la Francia y os vuelve la herencia de vuestro padre, cuyos docu-

mentos deben estar, según la carta que escribió al arzobispo, entre los papeles del difunto Bardelier.

Luisa. (Abrazando á Enrique.) Y tu padre, hijo mio, tu padre!... no vendrá á disfrutar á nuestro lado esa felicidad!... Nadie sabe qué es de él?... Habrá muerto!...

Renato. Señora!... qué pensamientos!... (Los dragones aparecen á lo lejos conducidos por el guía, y vuelven á esconderse en las revueltas de las montañas.—Óyese un pito lejano.)

Bonard. Qué es eso?

Renato. El pito de Juan!... es un aviso!... (Vuelve á sonar el pito mas cerca.) Sí... es Juan!... qué traerá?...

ESCENA VIII.

DICHOS.—JUAN.

Juan. (Sale por un sendero desconocido, hijadeando.) Eh!... huid!...

Renato. Por qué?... qué hay, Juan?...

Juan. Los dragones os vienen persiguiendo!

Renato. Cómo?...

Bonard. Por qué?

Luisa. Por dónde?

Juan. Temerosos del huracan que empezaba, se metieron en el meson, donde estaba yo tomando un trago. A poco se presenta el guía que llevaba ese infame bohemio...

Renato. Claudio?

Juan. Ese mismo: y les dice de su parte que en el momento echen á andar, porque hacen falta cerca de aquí.

Renato. No será por nosotros!

Juan. Harto será que no!—A la puerta se pusieron á hablar... yo me acerqué con disimulo...

Bonard. Y qué?...

Juan. No pude oír nada!—Entonces, dejé á los amigos bebiendo, y buscando desfiladeros y precipicios, y arrastrándome como una culebra me dirigí hácia aquí... y acabo de divisar á los dragones ya muy cerca... y por el lado opuesto al maldito bohemio...

Renato. Maldito!...

Juan. Que viene acompañado de otro... que no he podido conocer... y le señalaba con la mano este sitio... Entonces

he trepado por ese derrumbadero... y me he puesto como veis!... (*Tiene el traje desgarrado.*) Ya estais avisados!... si hago falta aqui me teneis.

Renato. Ea! resolucion!—Tú, Juan, vas á guiar al señor Bonard al hospicio, y á volver con una mula para llevar á la señora. Presto.

Juan. Vamos!

Bonard. Y la dejamos aqui espuesta!...

Renato. Quedo yo con ella!... yo me entiendo... y lo que es por el puente no pasarán ellos! Ea!... marchad, marchad!... (*Los hace marchar.*) La señora y el niño en la choza... (*Quítase la anguarina.*) se arroparán con esto... (*A Luisa.*) Venid, venid á la choza... tened al niño en la falda y arropadlo bien...

Luisa. Y vos?...

Renato. Yo?... yo no tengo frio!—(*Entranse en la choza.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—DARLEMONT Y CLAUDIO *por un lado. Los dragones por otro.*

Claudio. Por aqui, señor, por aqui!...

Darlemont. (*Andando con trabajo.*) Y quién diablos camina por aqui?... Esto no pertenece al mundo!... cada paso es un precipicio!...

Claudio. Haced un esfuerzo... no sea que se nos vayan...

Darlemont. No puede uno guardar aqui el equilibrio!...

Claudio. Ya llegamos!... (*Aparecen los dragones en lo alto.*)

Renato. Ya suben!... Ahora voy yo por el sendero de las cabras, y veremos si pasan! (*Desaparece.*)

Claudio. Adelante, coronel... un pasito!... eso es!...

Darlemont. (*Llegando.*) Ya veo alli los dragones!... llegan á tiempo.—Es aqui donde dices que está esa gente?

Claudio. Sí señor: aqui quedaron. El tunante de Renato... aquel de Grenoble... amigo del pintor...

Darlemont. Hola!

Claudio. Y la señorita Luisa, que no tenia fuerzas para seguir, y aun debemos hallarlos...

Renato. (*Apareciendo en lo alto.*) El pájaro ya voló!...

Darlemont y Claudio. (*Mirando.*) Quién es!...

Renato. Alto, señores! Aquí no estan los que buscais... aquí no hay nadie mas que yo... y lo que es á mí no me pillais!

Claudio. Es Renato!

Darlemont. (*A los dragones que se han detenido.*) Adelante, dragones! traedme ese hombre muerto ó vivo! (*Los dragones llegan por la roca á la boca del puente.*)

Renato. (*Dando con el hacha en el puente.*) No os tomeis ese trabajo, camaradas!... por aquí no pasais!...

Darlemont. Baladronadas!—Dragones, á él!

Renato. Cuidado!... que he cortado las ligaduras del puente, y el que ponga en él los pies, se hunde á los infernos!—No podeis pasar!

Darlemont. Pues si no podeis pasar, pasarán las balas!... Dragones, preparen!...

Claudio. No!... no por Dios!

Renato. Os prevengo que la menor detonacion hará desgajarse estas montañas, y os sepultais con ellas!

Darlemont. Eh! no nos metes miedo, truan!—Dragones...

Claudio. Callad, señor!... lo que dice es cierto!... (*Subiendo por la vereda á donde estan los dragones.*) No hagais fuego, dragones!... (*Poniéndose de rodillas.*) Por Dios, señor!... no lo mandeis!...

Darlemont. Eh! cobarde!...

Claudio. No lo mandeis!...

Darlemont. Dragones, fuego! (*Los dragones hacen fuego á Renato: este lo evita echándose al suelo.—Al sonar el fuego, óyese un crujido espantoso: la montaña de nieve sobre que estan los dragones se desgaja y rueda con ellos al precipicio que hay debajo.—Otro promontorio de nieve rueda por la senda donde está Claudio de rodillas y lo sepulta.—Otro cae sobre la choza, la arruina y va á hundirse en el abismo: el techo cae sobre Luisa y Enrique. El puente, desprendido de un extremo, queda colgando en el aire.—Darlemont está tambien envuelto entre la nieve. Solo Renato, de pie, sobrevive á este espectáculo de destruccion.*)

Renato. (*Mirando al redor.*) No hay ya senda por donde volver!... Iré al hospicio!... Dios me guiará!... Solo los perros podrán penetrar en busca de esa infeliz y del pobre niño! (*Desaparece.— Despues de uua pausa se al-*

za poco á poco de entre la nieve Darlemont , desgreñando y pálido.)

Darlemont. Dónde estoy !... existo ó no existo?... (*Mirando al redor.*) Todos han perecido !... se ha trastornado el mundo !...

Luisa. (*Escondida bajo el techo de la choza.*) Dios mio !... salva á mi hijo !...

Darlemont. Una voz humana !... un ser que se ha salvado como yo ! Ah ! Dios me ha dejado la vida para que salve la suya !... (*Acércase á la choza.*) Una mujer !... un niño !... infelices criaturas !—(*Ayúdalos á salir.*) Venid... venid conmigo... no hay que desanimarse... yo os cuidaré... mientras llegan los religiosos de san Bernardo y los perros que nos han de sacar de aqui !

Luisa. A mi hijo !... socorred á mi hijo !...

Darlemont. (*Mirándola.*) Cielos !... qué veo !... Luisa !...

Luisa. (*Examinando á Enrique.*) Ah !... yo os doy gracias, Dios mio !... vive !... vive !...

Darlemont. Señora !... Mirad !... mirad á quien debeis la vida... Soy vuestro pariente... soy Darlemont.

Luisa. Darlemont !

Darlemont. Sí : en presencia de este horrible trastorno de la naturaleza , los odios deben extinguirse. El destino nos reúne aqui para que no volvamos á separarnos... para que sea yo quien tenga la dicha de salvaros !

Luisa. Vos !... vos que me habeis privado de todo apoyo en la tierra !... Ah ! volvedme lo que amo mas que la vida !... volvedme el esposo que busco hace cinco años !... volvedme el padre de mi hijo !...

Darlemont. Qué decis !... su padre !... vuestro esposo !...

Luisa. Si ! el que yo salvé de vuestra venganza , haciéndole tomar sagrado en la catedral de Grenoble... y vos arrancasteis de alli secretamente , de noche , para asesinarlo sin duda !

Darlemont. No ! juro por el Dios que nos oye que no he derramado su sangre !— Lo arranqué de alli... pero fue solo para hacerle salir de Francia , y quitar ese obstáculo á mi amor... —Ah ! yo no sabia que era vuestro esposo... y esa ignorancia me ha evitado sin duda otro crimen !

Luisa. Pues bien !... todo os lo perdono , todo !... con tal que me digais dónde está.

Darlemont. Dónde está?... ya no existe!

Luisa. Ha muerto!...

Darlemont. Le hice embarcar para transportarle á Italia... y la embarcacion se fue á pique al divisar las costas... todos perecieron!

Luisa. Ha muerto!... lejos de mí!... sin conocer á su hijo... (*Abrazando á Enrique.*) Pobre hijo mio!... no nos queda mas recurso que seguirle!...

Darlemont. Qué decís!... Vuestro deber es conservar ese niño para la brillante suerte que le aguarda!... Ya veis que no hemos perecido en medio de este terremoto horrendo... nuestra hora no ha llegado. Dios no nos llama todavia á la eternidad.—Escuchad: el arzobispo de Grenoble ha conseguido del rey vuestro indulto, y se trata de buscar los papeles que acreditan vuestro nacimiento, y que se cree estan entre los del difunto Bardelier. Pero estos papeles, Luisa, los tengo yo!

Luisa. Vos!

Darlemont. Yo.—Olvidad, pues, á ese esposo que ya no existe. Yo os daré vuestros títulos, vuestra clase, vuestros bienes... si consentís en darme la mano.

Luisa. Yo!... yo dar la mano al hombre que mas odio me inspira sobre la tierra!

Darlemont. Luisa!... Luisa!... veis el sitio en que estamos!... me conocéis!... y me tratais con ese desprecio!... Reflexionad, Luisa!... Vuestro hijo está en mis manos!... vos lo estais tambien! Muertos ambos, yo soy el legítimo heredero, sin mas que presentar estos títulos.

Luisa. Oh! Dios mio! de todo lo creo capaz!

Darlemont. Aqui los tengo!

Luisa. Mentís!... mentís!... no los teneis!

Darlemont. Los tengo hace cinco años!

Luisa. Por medio de alguna infamia!

Darlemont. Sea como fuere, los tengo. Elegid: ó son para los dos, ó para mí solo.—Reflexionad bien.—Confieso que me repugna apelar á la muerte de un niño indefenso... de una muger que amo todavia!...

Luisa. Oh! qué horrible designio!...

Darlemont. Pero la ambicion me ciega!... temblad!... Estamos en un desierto... estamos fuera del mundo!... nadie me pedirá cuenta de vuestra existencia. —Y yo me presentaré con estos papeles (*Los saca del seno.*) y

pediré al rey la herencia de los duques de Cressac.

Luisa. Ah! los tiene!... los tiene!... la herencia de mi hijo!...

Darlemont. Cinco años hace que no se apartan de mí, ni aun durmiendo! Miradlos!

Luisa. Oh! padre mio!... ese apellido puro, glorioso, sin mancha!...

Darlemont. Miradlos!...

Luisa. Ha de pasar á ese mónstruo!...

Darlemont. Partidlo conmigo... y viviremos separados... si quereis... y adopto ese niño... y le lego la herencia: todo lo lograis... vuestro hijo será duque de Cressac!

Luisa. Ah! padre mio!... no deshonraré yo tu nombre!...
(*Con delirio.*)

Darlemont. Luisa!...

Luisa. Jamás!... jamás!... Yo desheredo á mi hijo... pero te desheredo á tí tambien!

Darlemont. Qué decís!...

Luisa. Y salvo la honra de mi familia!...

Darlemont. Desgraciada!

Luisa. (*Le arranca los papeles con rapidez y los arroja al precipicio.*) Y esos títulos en que estan tus viles esperanzas... los arrojo al abismo.

Darlemont. Infierno! (*Da un paso hácia el precipicio, halla en el camino á Enrique y lo echa al abismo.*) Vaya el heredero con ellos!

Luisa. (*Da un grito y cae desmayada.*) Ah!

Darlemont. Quédate ahí... y perece sepultada en la nieve.— Valor!... qué es la vida, si pierdo mis esperanzas... mis sueños de felicidad!... Yo bajaré á ese abismo... hallaré esos papeles ó pereceré. (*Ase de un tronco y baja ciego al precipicio.*)

ESCENA X.

LUISA, desmayada. RENATO. GENARO. LEON.

(*Despues de una pausa, óyese una campanilla: aparecen en lo alto Renato, Genaro y Leon.*)

Renato. Por aquí!...

Genaro. Una muger tendida en la nieve!...

Renato. Ella es!...

Genaro. Leon!... (*Leon baja, llega á Luisa y la lame: ella medio recobrada se abraza á Leon, el cual empieza á llevarla.*)

Genaro. (*Desde la montaña.*) Anda, Leon!...

Renato. (*Id.*) Valor!... Leon!... (*Cae el telon.*)





Acto cuarto.



El teatro representa el centro de un precipicio , tan distante de la boca como del fondo: una especie de embudo compuesto de rocas negruzcas y quebradas, en parte salientes formando plataformas cubiertas de nieve , en parte socabadas con charcosfangosos , salpicadas de trecho en trecho de musgo, matas y troncos medio podridos: en el fondo la piedra es viva y alisada por un torrente de agua que baja precipitado á perderse en un abismo tan hondo , que no se oye la caída.—A la derecha un tronco seco se extiende horizontalmente , y debajo de él se ve una plataforma formada de un peñasco saliente.—Al levantarse el tolon , Enrique se agita en el aire , detenido en su caída , por haber quedado enganchado del vestido á este tronco.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.

Mamá!... (*Se mueve y extiende los brazos buscando donde asirse.*) Mamá mia!... respóndeme! (*Con tono suplicante.*) Por Dios, mamá!... no me oyes?... responde á tu Enrique! (*Redoblando sus esfuerzos.*) Mamá!... (*Rásgase el vestido, y cae en la plataforma.*) Ay! ay!... que me caigo!... Dios mio! (*Tentando al rededor con manos y pies.*) Mamá!... (*Caen encima de él copos de nieve.*) Me está lloviendo encima!... (*Oyese el ruido sordo y prolongado de piedras que ruedan de cuando en cuando al fondo.*) Ay, Dios mio!... qué miedo tengo!... qué ruido!...

(Grita con toda su fuerza.) Mamá! mamá!... (El eco repite sus palabras.) Ay!... qué miedo!... qué frio!... Ay! ay!... (Su voz se pierde entre sollozos, y queda inmóvil. Solo se oye el ruido del torrente, y de las piedras y fragmentos que se desprenden.—Al fin se percibe el sonido confuso de una voz lejana que suena muy arriba. A poco se va acercando y se percibe mas clara: las rocas empiezan á bañarse de un resplandor rojizo y trémalo.)

Darlemont. (En la parte alta.) Socorro!... Pastores!... Caminantes!... una cuerda! (Se ve asomar por arriba la punta de un baston que viene á apoyarse en una de las partes salientes.) No hallo una roca donde descansar!... y las fuerzas me abandonan!... Este precipicio no tiene fondo!... (Poco á poco se descubre á Darlemont con una tea en la mano, bajando sin aliento.)

ESCENA II.

ENRIQUE, tendido.—DARLEMONT.

Darlemont. Ah!... el arrepentimiento!... qué tardío arrepentimiento!... El infierno me ha cegado y me ha hecho bajar en mi despecho á este abismo horrible, á buscar esos papeles que van á ser mi muerte y mi condenacion! —Qué ruido espantoso!... Yo he bajado sin cesar mientras el delirio de la ambicion ha estado abrasando mi cabeza... pero cuando el precipicio empieza á ser mas pendiente... vuelvo en mí... y ya no veo la boca ni la luz... ni se oyen mis voces!... Ah! si pasase algun guia... algun pastor... (Llamando.) Pastores!... la voz se pierde en esta inmensidad!... Ah! este ha sido el cielo!... ha sido Dios que ha querido que yo mismo me castigue viniendo por mi voluntad á enterrarme con mi víctima!... Ah! he sido un bárbaro!... á un niño inocente!... Dichoso él, que ya no existirá!... se habrá hecho pedazos contra estas rocas... Si tropezara yo aqui con su cadaver mutilado... qué horror! (Llamando.) Pastores!... guias! (Una gran pella de nieve baja rodando con estrépito, da sobre Darlemont y le empuja, dejándole caer sobre una veña saliente que hay á la izquierda: la pella se rompe

en varios fragmentos, que ruedan al fondo: la tea se escapa de manos de Darlemont, y cae, quedando detenida abajo y ardiendo entre los peñascos.—Darlemont cae sin sentido.—Después de un rato se va levantando.) Qué me pasa?... dónde me hallo?... He bajado al centro de la tierra?... se ha abierto el infierno para tragarme?... estoy vivo?... (*Tentándolo todo.*) Sí!... aun dura mi existencia!... Conozco que vivo, en el dolor que siento en todos miembros!... Vivo estoy... si es que esto se llama vivir! (*Poniéndose en pie, y mirando al rededor.*) Dios mio!... estoy sentenciado á morir aquí lentamente de hambre, de frio y de desesperacion!... Ah! morir aquí, solo, sin auxilio... separado de los vivientes... en el fango, cómo un reptil inmundo... Horrible destino! (*Arrodillándose y juntando las manos.*) No me dejéis aquí, Dios de los cielos!... no permitais que acabe aquí mi vida!... Tan lejos estoy de vos, Señor, que no oís mis ruegos!... —No! Para vos, Dios mio, no hay distancias, no hay tiempos!... Yo os pido perdon, Señor del mundo!... Yo me confieso á vos de haber sido feroz y fanático, de haber perseguido al inocente... Sí: yo he robado, yo he asesinado en seguida para ocultar el robo... Yo he arrancado un tierno niño de los brazos de su madre, y lo he arrojado barbaramente al abismo!...

Enrique. (Con voz desmayada.) Mamá! mamá!

Darlemont. (Asombrado.) Es ilusion!... esa voz desmayada... ese acento... Ah! no... es mi conciencia, es la voz que suena perpetuamente en mis oídos!... (*Con calor.*) Ah, Señor!... si me salvais de aquí, vereis mi arrepentimiento... Yo romperé mi espada, y me descalzaré la espuela de caballero... raparé mi cabeza, y me encerraré en un cláustro, donde viva en austera penitencia!...— Un milagro, señor... un milagro para confundir á los impios que blasfeman de vuestro poder!... (*Tropieza en los papeles que arrojó Luisa.*) Ah!... (*Los toma.*) Qué veo! (*Con amargura.*) Es esta tu misericordia, Señor!... No te basta el castigo que me has impuesto; sin añadir á tu justa venganza esta amarga burla... este horrible sarcasmo!... Me vuelves los títulos, cuando me robas la luz, la tierra, la vida!... Títulos de nobleza á un miserable enterado en vida!... Ah! demasiada crueldad es esta, Dios severo!... Véngate de una vez, Señor, de este

mónstruo, pero no le atormentes mas!... El rayo está en tu mano... hé aqui mi cabeza... hiere! (*Despues de una pausa.*) Ni la muerte merezco!... Y no tengo la espada para acabar conmigo!—No importa!... yo no quiero aguardar la muerte espantosa y lenta que me amenaza... Recibeme en tu seno, abismo! (*Va á precipitarse.*)

Enrique. (*Incorporándose.*) Mamá! mamá!...

Darlemont. (*Deteniéndose asombrado.*) Otra vez!... esto no es ya ilusion!...

Enrique. Ay, qué frio!...

Darlemont. Cielos!... allí está!... Sí... ya lo veo... respira, vive, llama á su madre... Ah! La mano de Dios lo ha detenido en su caida... y yo blasfemaba de su misericordia!—Acaba tu obra, Dios bueno!... Perdon para esa criatura!... Abreme un camino hasta él... permite que el verdugo salve á su víctima! Yo seré su guia... yo le volveré á la vida... yo le entregaré estos títulos que le pertenecen... Mirad, señor... ahora mismo, ahora mismo se los devuelvo... Tómalos, tómalos! (*Echa los papeles junto á Enrique.*) Sálvanos, Dios mio!—(*Oyense ladridos lejanos.*) Qué oigo!... ha sido una ilusion?... (*Nuevos y mas próximos ladridos.*) Ah! Dios me ha escuchado... mi corazon se abre á la esperanza! (*Leon aparece en lo alto, ladra, salta de una roca á otra, y vuelve á ocultarse.*) Ya le veo!... Ah! Dios eterno, tu misericordia es infinita! Yo creo en tí, Señor... yo creo en tí!... (*Vuelve á aparecer Leon, salta á otra roca mas cercana, y se oculta otra vez.*) Ahí está!... Si podrá llegar hasta el niño... y hasta mí!... (*Aparece Leon junto á Enrique, da vueltas al rededor, y le lame.*) Ya llegó!... pero el abismo nos separa... —St! St!.. acá... acá... ven acá!... (*Leon viendo una persona que le llama y le tiende los brazos, salta de un brinco á su lado, salvando el precipicio.*) Ven, noble animal, fiel amigo del hombre!... Ven, tú me sostendrás, yo me arrastraré, y tú me sacarás de aqui... (*Acariciándolo.*) me volverás al mundo, á la vida!... Ea... ánimo!... Llévame!... Salgamos de aqui... aunque sea á pedazos saldré de este sepulcro!... por donde tú pases, pasaré yo! (*Abrázase á él.*) Ya no me separo de tí!... (*Leon hace esfuerzos para andar.*) Sálvame!... Ea... valor! yo ayudaré... ánimo! (*Leon arranca por fin con Darlemont, colgado de él, y empieza á su-*

dir.—Enrique se incorpora; lo ve, y clama.)

Enrique. Mamá! (Leon responde con un ladrido, volviendo hácia él la cabeza, como quien dice: espérame.)

Enrique. Mamá!.... (Leon repite el ladrido. Cae el telon.)





Acto quinto.

El teatro representa el monte de S. Bernardo. A la derecha en primer término el hospicio nuevo. A la izquierda las ruinas del antiguo. En el fondo las montañas, con estacas que señalan la vereda.

ESCENA PRIMERA.

EL PADRE ANSELMO. GENARO. RELIGIOSOS.

(Empieza á amanecer.—Óyese el órgano acompañando los últimos versículos del requiem.—Concluido este, salen de dos en dos los religiosos presididos por su superior el padre Anselmo.—Genaro sale á su encuentro por otro lado.)

Anselmo. Qué hay, hermano Genaro?

Genaro. Padre Anselmo, mientras cantábais el oficio á las víctimas del temporal, halladas entre la nieve, he visitado á los que se han recogido en el hospicio: los mas maltratados estan en la enfermería; los que solamente necesitaban reparar sus fuerzas han sido conducidos al rectorio, y allí os aguardan.

Anselmo. Y cómo es que no está con vos el hermano Enrique?

Genaro. Padre Anselmo, temo alguna desgracia!—Así que empezó el huracan, tomó su baston y desapareció por las montañas, buscando, como tiene de costumbre, á los infelices caminantes que caen entre la nieve... Todos los religiosos estan ya aqui, y el hermano Enrique no ha vuelto aun al monasterio.

Anselmo. Dolor seria que Dios nos privase de él!... Es el

ejemplo de la comunidad.— Pero yo no participo de vuestros temores; porque sé cual es su celo y observo que siempre es el primero á salir, cuando amenaza temporal y el último que vuelve. Dichoso él, que aun tiene juventud y fuerzas para un trabajo tan penoso y tan meritorio.

Genaro. Eso sí!... Cinco años hace que entré de novicio en el monasterio, de resultas de haberse salvado milagrosamente de la tempestad en que se fue á pique el barco que lo conducia á Italia, y desde entonces pasa la vida recorriendo de dia y de noche las montañas. Y sin querer profesar!... pues ya me parece á mí que bastaba para muestra de que puede con el trabajo.

Anselmo. Dejémoslo á su voluntad, hermano; él profesará.
(*Oyese una fuerte campanada lejana.*)

Genaro. La campana de aviso!

Anselmo. Será él!

Genaro. No, padre: son los dos perros con el hermano Valentin. (*Sale un religioso con dos perros que traen un farolito encendido al pescuezo.*)

Anselmo. Han vuelto ya todos los perros?

Genaro. Todos, excepto el intrépido Leon.

Anselmo. Salgan dos hermanos en su busca.—Y á dar de comer á los demas perros.—(*Dos religiosos se van por las montañas; el otro se lleva dentro los perros.*)
Decidme, y esa pobre muger que salvásteis ayudado del guia Renato, ha vuelto en sí?

Genaro. Sí señor; pero está en continuo delirio... se echa de la cama al suelo gritando: yo quiero mi hijo!... volvedme mi hijo!

Anselmo. Y qué ha sido de su hijo?

Genaro. Con ella venia, segun me informó Renato, pero allí no estaba mas que ella sola... y cuando Leon no lo halló, bien puede darlo por perdido.

Anselmo. Desgraciada!—Cuidadla bien, no os separeis de ella... pero sin contrariarla en nada: dejad que desahogue su dolor.

Genaro. Quién sabe!... aun puede conservar alguna esperanza!... Leon, apenas llegó aqui con ella, volvió á desaparecer...

Anselmo. Noble animal!... Siempre estoy temiendo que sea víctima de su demasiado arrojo!... seria un dia de luto

para el monasterio! (*Oyese otra campanada: Leon llega á carrera.*)

Los religiosos. Es Leon!... Leon! (*Leon suelta á los pies del padre Anselmo la calabaza.*)

Genaro. (*Levantándola.*) Y la trae vacía! (*Leon se entra dando saltos en el hospicio.*)

Anselmo. Muy alegre viene!

Genaro. Y trae hambre... mirad como se ha ido derecho al refectorio!

Anselmo. Habrá salvado algun otro caminante. Vamos, hermanos; vamos, como de costumbre, á recorrer las montañas vecinas antes de entrar al refectorio. (*Todos toman los bastones herrados y marchan en diversas direcciones.*)

ESCENA II.

LUISA.

(*Se asoma á la puerta; los ve marchar y baja á la escena.*)

Ah! ya he logrado burlar su vigilancia!—No me han visto salir del hospicio... ya estoy libre!—Tratemos de que no vuelvan á recogerme.—Ah! yo no quiero ausilios... yo no quiero consuelos... yo quiero mi hijo!... mi hijo es mi vida!—No es mi cuerpo el que padece... es mi alma!—Pero mi hijo... sí... está en el fondo de aquel precipicio!... Cómo habrá caído!... Y cómo es que no bajé á buscarlo?... Sin duda perdí el juicio... ó me quitaron de allí á la fuerza.—No me acuerdo ya de nada... solo de haber caído de una altura muy elevada... y de un frio y un estremecimiento que sentí... como si me clavaran la hoja de un puñal!... Luego me dormí... dormí un largo sueño... pero un sueño infernal!... la voz de un niño me atormentaba sin despertarme!... oía sollozos y no podía responder... veía sus tiernos brazos estenderse hácia mí... y yo no podía separar del cuerpo los míos... oía clamar «Mamá!...» y mi boca entumecida no podía contestar «hijo mio!...»—Ah!... ahora puedo hablar!... puedo moverme!... puedo andar!—Ah! voy á buscarlo!... (*Va á arrodillarse á las puertas de la iglesia.*) Virgen santa! dame tu amparo... dame tu bendicion para ir á buscar á mi hijo!—(*Va á levantarse, pero vacila y cae sin fuer-*

zas.) Ah! no puedo!... Dios mio!... dame fuerzas!... (Se desmaya.)

ESCENA III.

LUISA.— PALMERIN, en hábito de novicio. RENATO.

Renato. Amigo ingrato!... Despues de cinco años de ausencia, nos abrazamos... y me recibes con esa tristeza!... y apenas me hablas!...

Palmerin. Dios sabe, Renato amigo, cuántas veces he deseado estrecharte en mis brazos; pero...

Renato. Pero qué?... vamos?...

Palmerin. Qué me preguntas!... este vacío que siento en mi corazón, quién puede llenarlo!... Tu presencia, Renato, ha venido á traerme recuerdos que hacen brotar sangre de esta llaga eterna... incurable!...

Renato. Qué incurable!... Yo, sin tener nada de médico, puede que...

Palmerin. Prosigue!... Un rato hace que venimos juntos... y no he tenido valor para preguntarte...

Renato. Ni yo para decirte...

Palmerin. Qué?... acabemos.— Estoy muy acostumbrado á sufrir... nada me falta ya saber mas que la confirmacion de mis temores.— Cinco años hace que salgo todos los dias á recorrer esas montañas... no sé qué secreto impulso me obliga á hacerlo... Pero nada hallo... nada veo, nada que me dé indicios de lo único que amo en el mundo!...

Renato. Como siempre has sido así... has tomado las cosas con tanta vehemencia... no he querido decirte de repente...

Palmerin. Que ha muerto?...

Renato. No señor!... que vive!

Palmerin. Vive?...

Renato. Acabemos: vive... y está aquí!

Palmerin. Dios mio!... aquí!... dónde?...

Luisa. (Incorporándose.) Ah!...

Renato. (Que iba á llevar á Palmerin al hospicio, se detiene y repara en Luisa.) Me engaño!...

Palmerin. Cielos!...

Renato. Ella es!... (Deteniéndolo.) Chit!... detente!... No está en estado de que la hables así... de improviso...
Aguarda!...

Palmerin. Ah!... mi Luisa!...

Luisa. (*Queriendo levantarse.*) Me parece que recobro las fuerzas!... Sí... voy á buscarlo!... (*Vuelve á caer de rodillas.*) Ah!... ya le veo!... por allí va!... por aquel camino iluminado con tanto resplandor, que llega hasta el cielo!... por allí va subiendo!... le conozco en la sonrisa angelical... Allá voy... espérame!... espérame!...

Palmerin. Ah!... está delirando!...

Luisa. Tu padre sale á recibirte... Palmarin!... espérame á mí tambien! (*Se levanta, va á caer: Palmerin y Renato llegan á sostenerla.—Ella viendo el hábito de Palmerin, se arrodilla á sus pies.*) Padre!... padre! por Dios, no me volvais á encerrar!... Ya estoy buena!... ya tengo fuerzas!... Dejadme, dejadme ir á buscar á mi esposo!

Palmerin. A tu esposo?... y le amas mucho?...

Luisa. Ah! sí le amo!...

Palmerin. Mírame!... mírame!... le amas?...

Luisa. (*Alzando poco á poco la cabeza.*) Me preguntais si le amo!... si amo á mi esposo!...—Cielos!...

Palmerin. Mírame!...

Luisa. Es un delirio!... es una vision!...

Palmerin. Luisa!... esposa!...

Luisa. (*Echándose en sus brazos.*) Esposo mio!

Palmerin. La justicia de Dios vuelve á unirnos en la tierra!

Luisa. Vives!... ah!... vives!...

Palmerin. Sí!... para amarte! para ser felices!...

Luisa. Felices!... Ah! por qué vives!... por qué no es verdad que has muerto!

Palmerin. Luisa! qué dices?...

Luisa. Ahora soy mas desgraciada!... porque no puedo ya guardar para mí sola esta desesperacion que me destroza!...

Renato. (*Aparte.*) Qué haré yo para que no le descubra...—Vaya, serenaos!... venid á reposar... (*Aparte á Palmerin.*) No la preguntes nada... está alterada todavia...

ESCENA IV.

DICHOS.—LEON, que sale del hospicio perseguido por GENARO.

Genaro. Leon!... quieres venir adentro!... vamos!...—Apenas ha probado la pitanza y bebido agua... y ya quiere marchar otra vez!... Vamos adentro! (*Leon vuelve y lo*

acaricia; pero se resiste cuando quiere llevarlo adentro.— Genaro se lo lleva á la fuerza.) Vamos!... sea obediente! Leon!... adentro! (*Cierra la puerta.*) Ahora veremos si sales. (*Leon rompe los vidrios de una ventana, salta fuera y echa á correr á las montañas.*) Demonio de perro!... qué tendrá?... (*Vase tras él.*)

Luisa. Ah!... noble animal! vuelves á las montañas... espera!... yo iré contigo!... yo te enseñaré el sitio... el precipicio donde hemos de bajar los dos á buscarlo... donde quiero yo verlo y morir!

Palmerin. Morir!... qué dices, Luisa!... Cielos... qué sospecha!... Luisa!...

Luisa. Y tú estabas tan cerca!... y no viniste á defenderlo!

Palmerin. Explícate!...

Luisa. Y el corazón no te decía: tu hijo, tu Enrique va á morir... corre á salvarlo ó á vengarlo!...

Palmerin. (*Fuera de sí.*) De quién?... de quién?...

ESCENA V.

DICHOS.—UN GUIA. DOS RELIGIOSOS *sosteniendo á DARLEMONT moribundo.*

Renato. (*Aparte á Palmerin.*) Por Dios, Palmerin, no ves que está delirando! Vamos, vamos, á llevarla adentro... (*Los dos empiezan á llevarla.*)

Darlemont. Sostenedme!... no tengo fuerzas!... ni sé cómo he podido llegar hasta aquí!... (*Luisa al oír su voz hace esfuerzos convulsivos para detenerse. Vuélvese poco á poco: quédase mirando á Darlemont, da un grito. y señalándole con el dedo trémulo, exclama:*) Ah!—Ese... ese es el asesino de tu hijo!

Palmerin. Darlemont!—(*Arranca el baston de manos del guia, y se arroja á Darlemont.— Renato le agarra el brazo: el guia y los religiosos se ponen en medio.*)

Todos. Deteneos!

Palmerin. Dejádme!...

Renato. Miralo!... es un moribundo!...

Palmerin. (*Soltando el baston.*) Ah!...

Renato. No usurpes la justicia de Dios, que ya lo llama á su tribunal!

Darlemont. Sí, porque la justicia de los hombres no me

alcanza á mi! (*Palmerin acude á sostener á Luisa que ha quedado sin conocimiento al aspecto de Darlemont.*)

Palmerin. Y Dios te concede morir así... en un lecho, en el recinto de un monasterio... como mueren los justos!... á tí, Darlemont!... perseguidor de tus hermanos... á tí, asesino de Bardelier... asesino de mi hijo!...

Darlemont. Muero por la mano de Dios!... entre los hombres no había ninguno que pudiese tocar con la punta de su acero el pecho de Darlemont! (*Siéntanlo en un banco.*)

Palmerin. Orgullosos!—Ah! si la muerte no se pusiera entre los dos para defenderte!... si estuvieras ahora delante de mí con aquel continente altanero con que te ví en Grenoble, yo te diría si mi acero tocaba y pasaba mas allá de tu pecho!...

Luisa. (*Volviendo en sí.*) Ah! llevadme de aquí!... que no le vea!...

Darlemont. Luisa!... El rey os ha indultado... os abre las puertas de Francia... ya lo sabeis... volved allá... vivid el uno para el otro... pero no penseis gozaros con la herencia y los bienes de los duques de Cressac!... Eso no!—Y no me culpeis á mí!—Vos misma, Luisa, vos me habeis vengado, arrojando al fondo del precipicio la herencia de vuestro padre... allí quedan los papeles sepultados al lado del heredero. (*Oyese una fuerte campanada y voces dentro.*)

Genaro y otros. (*Dentro.*) Milagro!... milagro!...

Renato. Qué voces!...

El guia y los dos religiosos. (*Mirando.*) Es Leon!... Leon!...

Renato. (*Mirando.*) Sí!... y trae un niño!...

Luisa. (*Levantándose con ímpetu.*) Un niño!...

ESCENA VI.

DICHOS.—GENARO. EL PADRE ANSELMO. RELIGIOSOS. ENRIQUE.
LEON.

(*Aparece Leon por la montaña hijadeando, trayendo á Enrique á caballo encima y abrazado con ambos brazos á su cuello: en la boca trae los papeles que estaban en el precipicio.—Detras vienen el padre Anselmo, Genaro y religiosos.*)

Anselmo. Genaro. Religiosos. Lo ha salvado!... lo ha salvado!...

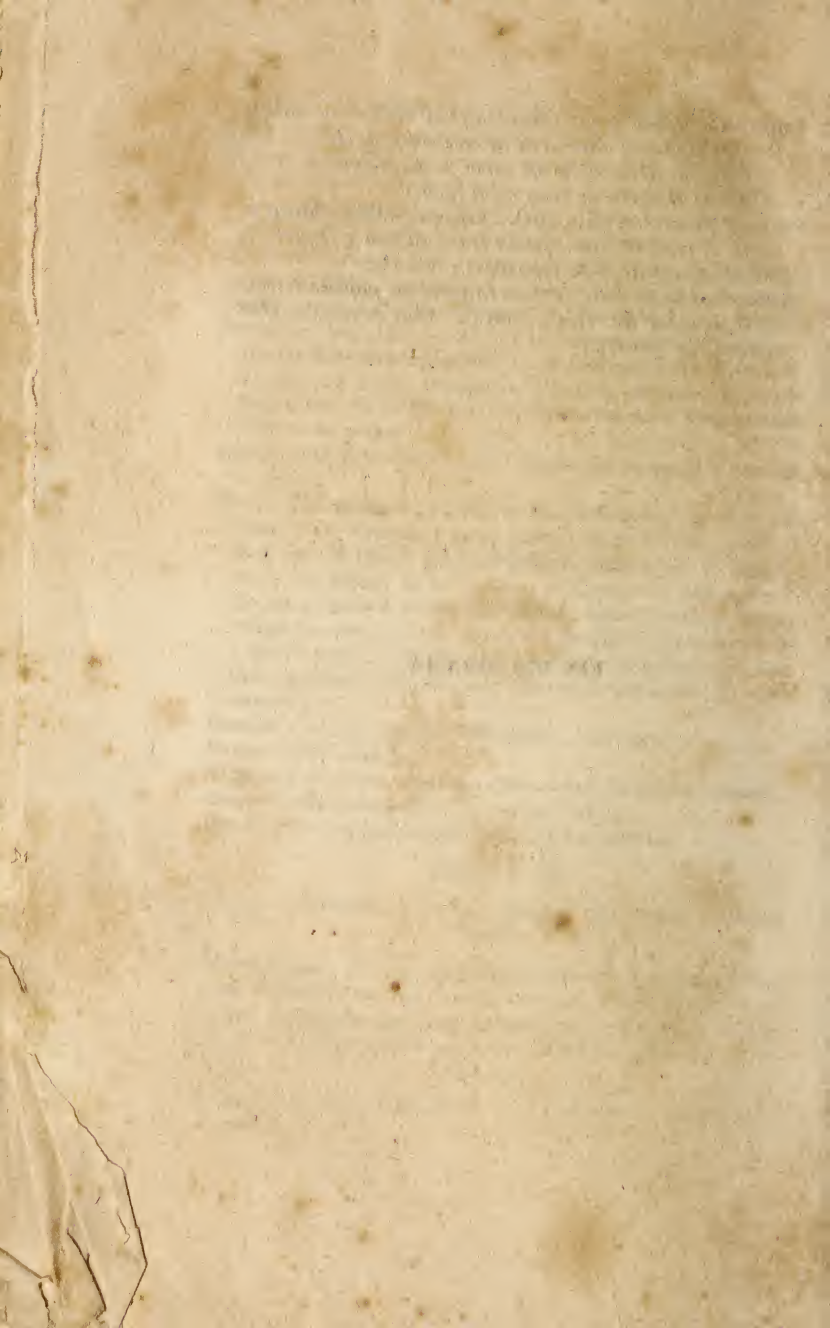
*Luisa. (Corriendo á su encuentro.) Un niño!... un niño!—
(Corren Luisa y Palmerin al encuentro de Leon y caen
de rodillas, abrazando al niño y quitándolo de encima
de Leon: el perro se echa á su lado.)*

*Luisa y Palmerin. Hijo mio!... Enrique mio!... (Luisa fue-
ra de sí reparte sus caricias entre su hijo y el perro.)*

Darlemont. (A un lado espirando.) Vive!...

*Palmerin. (Se levanta, y mostrándole los papeles le seña-
la á su hijo.) Sí, vive!... mira!... Dios es justo!—(Dar-
lemont cae muerto.)*

FIN DEL DRAMA.



tion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Homdo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoría.—Honyeche.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de Gil.

ovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta GaIntriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la d.—Ya murió Napoleon.

do II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juanía.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.—Juegos de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóndres.—Loida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—Luis y Luisito.

Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Mará cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó del Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Meses extraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co⁴—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios á empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—Misos de Madrid.—Mi tío el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alamedades de Hernan Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gazmoñer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—Mojado de baile.—Mancho, piso y quemó.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.—Matilde el tío ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que poro venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—Noche de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.

Parar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el laurica casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.—Ondino el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Baiaria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascualanza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.^a parte.—Pelo de la 2.^a parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla celona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patripluvelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre preten—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Poder explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—Primer libro.—Primera leccion de amor.—Primer yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe de la casa.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor con—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—Poderio de un reinado.—Programa de Manzanares.

Quieren dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser cómico.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.—Quillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Reina.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdías.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, 1.^a—Rueda de la fortuna, 2.^a parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retratos y oris.

1.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—da dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bora.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solamente un prisionero.—Solitarios, zarzuela.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscale.—Sálveve pueda.—Soy yo, zarzuela.—Santiaguillo, zarzuela.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—de la groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trensus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba sal—Tutora.—Tomás el montañas.

Ulería.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Vengade un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengor con amor sus—Vicente Paul, ó los espositos.—Vaso de agua.—Verdad por la muerte.—Verdad vence—Vencencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Vitud en la.—Visionaria.

Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Victima de la calu-
Vicio y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pri-
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Be-
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto d
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Un
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey, 1.^a parte.—Zapatero y rey, 2.^a parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado :

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160

80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **extranjero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle de Car-
y en las provincias en los puntos siguientes :

Alicante, Ibarra. - *Alcoy*, Viuda é hijos de Marti. - *Almería*, Alvarez. - *Avila*, Agud
bacete, Ródenas. - *Almaden*, Cabanillas. - *Badajoz*, Viuda de Carrillo. - *Barcelona*, Piferre
navente, Fidalgo. - *Bilbao*, Garcia. - *Burgos*, Arnaiz. - *Barbastro*, Viuda de Lafita. - *Cácer*
menez. - *Cádiz*, Viuda de Moraleda. - *Córdoba*, Arroyo. - *Cuenca*, Mariana. - *Ciudad-Real*
laguilla. - *Cartagena*, Berruazo. - *Coruña*, Labagi. - *Ferrol*, Tajonera. - *Guadalajara*, San
Granada, Zamora. - *Habana*, Charlain y Fernandez. - *Huelva*, Osorno. - *Jaen*, Calle. - *Jerez*
no. - *Leon*, Argüello. - *Lérida*, Rexach. - *Logroño*, Verdejo. - *Lugo*, Viuda de Pujol. - *Lin*
lleja y compañía. - *Málaga*, Medina. - *Murcia*, Riera. - *Mahon*, Vinen. - *Orense*, Perez. -
Alvarez. - *Puerto de Santa María*, Valderrama. - *Palencia*, Camazon. - *Palma de Mallorca*
bert. - *Pamplona*, Ochoa. - *Plasencia*, Pis. - *Puerto Rico*, Mestre. - *Reus*, Molner. - *Ronda*,
ti. - *Salamanca*, Viuda é hijos de Blanco. - *Santiago*, A. Calleja y compañía. - *Santa C*
Tenerife, Povver. - *Segovia*, Alonso. - *San Sebastian*, Garralda. - *Sevilla*, Hidalgo y Com
Soria, Perez Rioja. - *San Lucar*, Esper. - *Seron*, Fernandez. - *Santander*, Basañez. - *Ter*
quedano. - *Toledo*, Hernandez. - *Talavera*, Sanchez Castro. - *Tarragona*, Nevot. - *Valenci*
varro. - *Valladolid*, Hijos de Rodriguez. - *Vitoria*, Echevarría. - *Villanueva y Geltrú*, C
Bertran. - *Vergara*, Oyarvide. - *Zaragoza*, Viuda de Heredia y Yagüe.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes :

Figaro: cuatro tomos en 8.^o marquilla con el retrato y biografía, 400 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Arago: un tomo, 14.

*Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios
útiles á la enseñanza pública.*

Poesías de D. José Zorrilla: 13 tomos que se expenden sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 4

— de **D. Tomás Rodríguez Rubi**: un tomo, 40.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 40.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 40.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron y
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.^o

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nu
total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias ...ncipe de la Paz: seis tomos, 70;

Arte de dec ... por Latorre, un folleto, 4.